

NUESTROS PEQUEÑOS VISITANTES

Lou Carrigan

CONQUISTA ESPACIO

CIENCIA FICCION

NUESTROS PEQUEÑOS VISITANTES

Título Original: *Nuestros Pequeños Visitantes*

Colección: La Conquista Del Espacio 709
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.71

CAPÍTULO I

El automóvil apareció finalmente tras las luces de sus faros que teñían de amarillo la nieve que caía lenta y dulcemente en pequeños copos. Muy despacio, llegó hasta el portón de entrada a la nueva zona de lanzamientos espaciales, anexa a la vieja Base Kennedy.

Dos soldados se adelantaron hacia el vehículo cuando éste se detuvo. Golpearon en el cristal de la ventanilla del conductor, el cual bajó aquél lo justo para sacar unos documentos y que se oyera su voz:

—Profesores Westminster y Washburn, con pase especial.

Uno de los soldados vertió la luz de la linterna de bolsillo sobre los documentos, que el otro sostenía torpemente con sus manos enguantadas. Ambos vieron las fotografías de los profesores Leonard Westminster y Trevor Washburn, el primero de unos setenta años, el segundo de unos treinta. Vistas las fotografías, el que manejaba la linterna dirigió la luz al cristal de la portezuela de atrás. La luz penetró en el interior del vehículo, delatando los rostros que se correspondían exactamente a las fotografías vistas.

La documentación fue devuelta por la rendija de la ventanilla al conductor.

—Pasen —autorizó el soldado—. Los están esperando para guiarlos hasta la nave. Sigan la luz roja que aparecerá dentro de un minuto.

El cristal fue subido, el automóvil entró en la zona súper restringida, y se detuvo unos cien metros más adelante.

Alrededor todo era oscuridad. Pero no oscuridad de noche, sino una oscuridad que todavía nadie había comprendido en el planeta Tierra, que se hallaba sometido a uno de los acontecimientos más insólitos jamás registrados: era de noche *en todo el planeta*. Es decir, reinaba la oscuridad en todo el planeta, incluso en las partes que, conforme al movimiento de rotación de la Tierra, deberían haber estado orientadas

hacia el sol, hacia la luz del día.

Una oscuridad innatural, inalterable, que duraba ya cuarenta y ocho horas. En este tiempo, la luz del día o el resplandor del sol no habían sido vistos en ningún punto del planeta. Todo era oscuridad. Una oscuridad que estaba ocasionando un descenso lento pero constante de las temperaturas, hasta el punto de que estaba nevando no sólo en la península de Florida, al sur de los Estados Unidos, sino en lugares tan sorprendentes como Rio de Janeiro, las islas Hawái, África ecuatorial, el litoral centroamericano, el sur de la India, el desierto central de Australia…

La luz roja apareció, acercándose, describió la maniobra de giro, y comenzó a alejarse. El automóvil partió en su pos. Ni siquiera un minuto más tarde la luz roja se detenía. El conductor del automóvil condujo éste hasta llegar junto a la luz roja, que correspondía, ahora pudo verlo, a la señalización de un jeep.

Frente a éste, se encendieron las luces de situación de la nave cuya aguda proa señalaba hacia el cielo…, si es que quedaba cielo en alguna parte, pues hasta esto se comenzaba a dudar, bien entendido a niveles populares. A niveles de gobierno, y sobre todo a niveles científicos, se sabía algo más respecto a la situación en que actualmente se hallaba el planeta.

Del jeep había saltado otro soldado, que se acercó al automóvil y abrió la puerta izquierda de atrás.

—Tengan la bondad de acompañarme —pidió.

Los dos profesores se apearon del coche, y fueron en pos del soldado, que los guio hacia la plataforma de lanzamiento. Ya en ésta, subieron los tres la rampa escalonada hasta el acceso a la pequeña nave, que aparecía como un hueco dorado, bien iluminado.

El soldado saludó, los dos profesores entraron en la nave y la compuerta de ésta se cerró. Comenzó la cuenta atrás para el lanzamiento: diez minutos. El soldado descendió la rampa, fue al jeep, y se alejó, seguido del automóvil, despejando ambos la zona.

Dentro de la nave, los profesores Westminster y Washburn contemplaban con cierta sorpresa a la hermosísima mujer de metro ochenta que, con el uniforme de las Fuerzas Espaciales y los distintivos de capitán, había aparecido ante ellos.

—Soy la capitana Empire Berkeley, comandante jefe de esta nave —se presentó la hermosa mujer—. Sean bienvenidos a bordo.

Los dos profesores estrecharon su mano, todavía estupefactos. La

comandante Berkeley no sólo era alta, sino que tenía un cuerpo espléndido, cuyas formas se revelaban nítidamente debido al ajustado uniforme espacial, que parecía hecho de tela de plata. Una cintura esbeltísima, unos pechos magníficos, una boca roja y fresca, ojos verdes, cabellera roja… Veinticinco años, ni uno más.

La belleza sonrió irónicamente.

—Me parece que están ustedes un poco sorprendidos.

—¿Un poco? —exclamó Westminster—. ¡Esta sí que es buena!

—Estamos muy sorprendidos —dijo Trevor Washburn—, es cierto, pero eso no significa que dudemos de su capacidad ni pensemos ninguna de esas tonterías respecto a la eficiencia de las mujeres. Espero que entienda que la cuestión sexo no significa nada para nosotros.

Empire, que primero había mirado al anciano Leonard Westminster, miraba ahora al joven Trevor Washburn… Joven, rubio, delgado, pálido, casi enclenque profesor Washburn, cuyo aspecto de intelectual quedaba acentuado por las gafas, la revuelta melena que ondeaba parcialmente sobre su amplia frente, y su descuido en el vestir. No era más alto que Empire, y, a simple vista, se podía obtener la conclusión de que la comandante podía desembarazarse del joven profesor con media bofetada.

—Ya —dijo Empire—. Ya, ya. Bien, eso se verá durante el viaje. Aunque por fortuna no va a ser muy largo.

—¿Qué quiere decir que se verá durante el viaje? —frunció el ceño Trevor Washburn.

—Pues eso: que ya se verá. No sería la primera vez que mis pasajeros se atreven a poner en tela de juicio mi capacidad para comandar una de estas naves de exploración.

—¡Ah…! ¿Se refiere a eso? Vaya, no se preocupe, comandante.

—¿A qué otra cosa podía referirme? —se intrigó Empire.

—Pensé que se le había ocurrido que nosotros podíamos hacerla objeto de una agresión sexual.

La comandante quedó un instante atónita. Luego soltó una carcajada deliciosa absolutamente, y señaló hacia el interior de la nave.

—Tenemos una cuenta atrás de sólo diez minutos, del cual ya hemos consumido por lo menos uno. Será mejor que vayamos a ocupar nuestras plazas de despegue. ¿Alguno de ustedes tiene problemas especiales? Lo digo porque, a pesar de lo precipitado de este vuelo, podríamos tomar con tiempo de sobra las medidas oportunas.

—No se preocupe por nosotros —dijo Westminster—: estamos ambos

en perfecto estado de salud y en óptimas condiciones físicas para todo.

—¿De veras? —exclamó Empire.

Y se echó a reír de nuevo, mostrando una encantadora malicia. Los profesores cambiaron una mirada que contenía cierta irritación, y en seguida partieron en seguimiento de la comandante, fijando ambos la mirada en sus perfectísimas nalgas bellamente moldeadas por el ceñido pantalón plateado. Ni por un momento habían dudado los profesores de la capacidad de la comandante de la nave; si estaba allí era porque lo merecía, y punto. Además de esto tenía un cuerpo y un rostro exquisitos. Pues muy bien.

—En cualquier caso —masculló Trevor Washburn—, puedo asegurar que nunca había visto un culo semejante.

—¿Qué? —se llevó una mano a la oreja el veterano Westminster.

—Nada, nada.

—Ha dicho que tengo un culo precioso —dijo Empire, volviéndose —. ¿No es así, profesor Washburn?

Para sorpresa de Empire el profesor Washburn se sonrojó con una violencia increíble. Tras el pasmo, la comandante volvió a reír, divertidísima, dirigiendo una centelleante mirada a Trevor, que no sabía adonde mirar.

A la hora prevista exacta, la nave despegó. Poco después, todo funcionaba conforme a la planificación del corto vuelo. La comandante dejó la sala de mandos al cuidado de su ayudante y las computadoras, y fue a la sala donde se habían instalado los profesores. Los encontró sentados en sus alvéolos anatómicos, y sonrió.

—Estamos en el trayecto trazado —dijo—. Pueden comportarse con toda naturalidad y normalidad. ¿Necesitan mi ayuda para algo especial?

—No, gracias —rechazó en seguida Trevor Washburn.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a la nube negra? —preguntó el viejo Westminster.

—Un par de horas. Sólo diez mil kilómetros, pero las órdenes que tengo son de viajar a velocidades de bajo consumo. Por otra parte, tengo entendido que ustedes necesitan tiempo para realizar preparativos de laboratorio.

—Sí, sí —asintió Westminster—, por nosotros está bien dos horas. Muy bien, no hay problema.

—Espléndido.

—¿Cuánto tiempo podemos estar en el espacio estudiando la nube negra? —preguntó Trevor.

—Si no entraña un peligro directo para la nave y para nosotros, disponemos de provisiones y sistemas de mantenimiento general para un mes. ¿Será suficiente?

—No podemos contestarle a eso —movió la cabeza Westminster—, porque no sabemos qué vamos a encontrar ahí arriba.

—Espero que sepan decirnos qué es y el modo de quitarlo de ahí —dijo seriamente Empire—. De lo contrario, según tengo entendido, vamos a tener gravísimos problemas en la Tierra.

—Ya los estamos teniendo —dijo Trevor—. De seguir las cosas así el planeta podría ir congelándose cada vez más rápidamente.

—¿Todo él?

—Absolutamente todo él. Está nevando en zonas costeras del ecuador, imagínese. Sí, todo el planeta quedaría congelado si esa nube continuara rodeándolo.

—¿Y qué ocurriría si quedara congelado?

—¿No se lo imagina? Pues se lo voy a poner muy fácil comandante: suponga que la meten a usted en una cámara frigorífica a cien grados bajo cero… ¿Qué pasaría?

—Quedaría congelada como una gamba.

—En su caso como una langosta.

—¿Cuál es la diferencia entre gamba y langosta?

—Que la langosta es más grande y más apreciada.

Dicho esto, y de nuevo para gran pasmo de Empire Berkeley, el joven profesor Trevor Washburn volvió a sonrojarse.

El profesor Westminster se había llevado una mano a la oreja.

—¿Qué dices de las langostas, Trevor? —se interesó.

Empire soltó una de sus carcajadas, y en seguida señaló el panel de instrumentos en un lado del habitáculo-laboratorio.

—El laboratorio fue montado rápidamente conforme a las indicaciones de ustedes, y no sabría qué decirles sobre él, ni creo que ustedes lo necesiten. Ahora bien, si desean observar el exterior puedo instruirlos en el manejo de los visores en un par de minutos. ¿Les interesa?

—Naturalmente —asintió Trevor.

Tres minutos más tarde él y Westminster sabían lo necesario para hacer funcionar a nivel de espectador corriente las pantallas que les procurarían imágenes del exterior…, las cuales se quedaron contemplando en los monitores de diferentes tamaños y aproximaciones

de la zona o materia a estudiar.

En este caso, simplemente una negrura total, pues habían dejado atrás la zona de las tormentas. Tremendas tormentas que crujían ahora bajo la nave, trazando pavorosos estallidos eléctricos. Normalmente, al haber dejado atrás la zona de tormentas, debían haber visto sobre ellos el cielo, y el sol o las estrellas, según correspondiese.

Pero ahora sólo veían una oscuridad densa, uniforme, total. De cuando en cuando, el aparato eléctrico de las capas más cercanas al planeta iluminaba aquella negrura, pero no revelaba nada. Era simplemente, como si la luz se deslizase sobre un manto de terciopelo negro.

—Da la impresión de que… —empezó Empire.

—¿De qué? —la miró Trevor.

—Dirá usted que son tonterías… Bueno, a mí me da la impresión de que todo sigue igual, de ahí tenemos el cielo…, pero que faltan las estrellas. Quiero decir que veo el cielo como creo que lo vería si nunca hubiera estrellas.

—No es el cielo lo que estamos viendo…, o lo que llamamos cielo, se entiende —rechazó Trevor—; es una nube de algo. De algo que, al parecer, y según ciertas detecciones, tiene vida.

—¿Qué? —exclamó Empire, respingando fuertemente.

Trevor Washburn emitió una sonrisita.

—¿Qué se creía usted que era esa nube? ¿El humo de algún fumador de pipa?

—Vaya, de modo que es usted un gracioso —frunció el ceño Empire —. No señor, no me creía eso, pero tampoco se me había ocurrido pensar que eso fuera una cosa con vida.

—Por lo que parece tiene usted mal genio.

—No tengo mal genio.

—Pues yo diría que sí.

—Y yo le digo que no. Lo que pasa es que yo no soy una científica, ¿sabe? De modo que no tenía por qué pensar nada concreto sobre esa cosa de ahí arriba. Ni tan siquiera hacer cábalas sobre ella. Eso les corresponde a gente como ustedes.

—¿Por qué dice que se ha enfadado? —preguntó Westminster, llevándose una mano a la oreja.

—No está enfadada —explicó divertido Trevor—, por la sencilla razón de que no tiene mal genio, y una persona que no tiene mal genio no puede enfadarse.

—Pues si siguen las tormentas estamos fritos —aseguró el viejo profesor.

—¿Qué tormentas? —se pasmó Empire—. ¿De qué habla?

—¿Qué dice? —se llevó Trevor Washburn una mano a la oreja.

Empire enrojeció rabiosamente.

—¡Estúpido! —exclamó.

Y abandonó la sala-laboratorio, seguida por la desconcertada mirada de Westminster, que finalmente miró a Trevor y preguntó:

—En definitiva; ¿por qué se ha enfadado?

—Porque somos sordos —se echó a reír Trevor.

CAPÍTULO II

A medida que se aproximaban a la nube negra el entorno era más y más impresionante. Abajo, a unos ocho mil kilómetros de distancia, se veían de cuando en cuando fulgores relampagueantes en la superficie exterior de las nubes. Arriba, sólo negrura total. Los dos profesores estaban ahora atentos a los monitores que les ofrecían imágenes, algunas de ellas ampliadas mil veces.

Pero ni siquiera con esta ampliación, que habría bastado para identificar o al menos describir el todo o parte de los componentes de la mayoría de las cosas conocidas o identificares, conseguían resultado alguno. Todo seguía siendo una masa negra y uniforme en la que, eso sí lo sabían con certeza, había un movimiento constante.

—Parece un pastel de chocolate negro —dijo Washburn.

—Vaya un símil —movió la cabeza Westminster.

—Se me está ocurriendo, maestro, que tal vez no sea vida lo que estamos detectando, sino simplemente movimiento.

—¿Movimiento mecánico de algo? —alzó las cejas el anciano.

—Bueno, se me ha ocurrido.

Leonard Westminster estuvo reflexionando unos segundos antes de mover la cabeza negativamente.

—No —rechazó—. Un movimiento mecánico implicaría la existencia de una máquina. Y no me imagino una máquina que forme una cubierta total alrededor de la Tierra y nada menos que a diez mil kilómetros. ¿Tú puedes imaginarte esa máquina?

—No —gruñó Trevor—. Pero tampoco me imagino un ser vivo capaz de envolver así a la Tierra.

—Lo que yo pienso es que no se trata de *un solo ser vivo,* Trevor. Pueden ser tantos que para expresarlos en cifras deberíamos poner

detrás de un uno tantos ceros que llegarían desde aquí a la Tierra. Es por eso que el Gobierno ha recurrido a nosotros, como máximos representantes de los estudios de neo microbiología.

—Los microbios o virus no piensan —rechazó ahora Trevor—, y todos tenemos la sensación de que esa cosa negra está ahí de un modo premeditado, manteniéndose expresamente a esa distancia exacta. Ello implicaría si no una facultad de pensamiento sí al menos una organización colectiva.

—En primer lugar, tal vez dentro de unos años tú y yo lleguemos a la conclusión de que los virus sí piensan —murmuró Westminster—. En segundo lugar, el hecho de que un ser sea diminuto no significa que sea un microbio.

—¿Me está hablando de seres diminutos como microbios…, pero dotados de… «cerebro»?

—¿Rechazas esta posibilidad?

Trevor Washburn no titubeó ni un segundo.

—Claro que no, maestro. Si yo rechazara esa posibilidad, o cualquier otra referida a las cosas de la Vida y del Universo, no merecería ser un investigador científico, y usted me echaría de su lado, con toda razón.

—Ajá —dijo Westminster—. Ajá.

Volvieron a mirar la pantalla en la que las imágenes aparecían agrandadas mil veces. Todo seguía igual: chocolate absolutamente negro. Se captaba el movimiento, pero eso era todo. Un movimiento indeterminado y constante; jamás se detenía, jamás…, pero no se veía qué era lo que se movía. No podían determinarse partículas o componentes.

Empire Berkeley apareció cuando ambos científicos estaban absolutamente absortos en la contemplación de la imagen ampliada.

—Dentro de quince minutos… —empezó.

—¡Me cago en…! —aulló Trevor, volviéndose con expresión desorbitada—. ¡Maldita sea!

—¿Qué pasa? —se sobresaltó Empire.

—¡Que nos ha dado un susto de muerte! ¿Verdad, maestro?

—¿Qué? —puso cara de oír Leonard Westminster.

Trevor cerró un instante los ojos. Cuando los abrió, Empire lo estaba mirando hoscamente.

—Está bien —masculló el joven científico—. ¿Qué pasará dentro de quince minutos?

—Habremos llegado a la nube, salvo que ustedes determinen ya el

cambio de ruta.

—El cambio de ruta —repitió Trevor, como si no hubiera comprendido la expresión.

—Según mis instrucciones, al llegar a la nube debo colocarme paralela a ella y volar describiendo círculos alrededor de la Tierra, es decir, manteniéndome siempre en un vuelo como si estuviera en el interior de una esfera.

—¿Y quién le dio a usted esas instrucciones? —se mosqueó Trevor.

—La base, naturalmente.

—Hemos estado en contacto radial con la base varias veces y no nos han dicho nada a ese respecto.

—Pues vuelvan a llamar y consulten. En cualquier caso tengo bien claro que mi nave y yo estamos a sus órdenes, de modo que, simplemente, díganme qué debo hacer y cuándo. A menos que acepten las instrucciones de la base, en cuyo caso ya saben que estamos llegando al techo del vuelo y dentro de catorce minutos comenzaremos el viaje de interior de esfera. ¿Quiere que se lo repita, profesor? —miró Empire a Westminster.

—No, gracias, la he entendido perfectamente.

—¿Y qué hacemos?

—De momento me parece prudente que obedezca usted las instrucciones iniciales. No perderemos nada por dar unas cuantas vueltas dentro de la esfera negra. Pero aproxímese lo suficiente para que podamos recoger muestras de esa nube.

—¿Cuánto es lo suficiente?

—No tengo ni idea. Lo mismo esa cosa tiene una superficie concreta, bien delimitada, como se va difuminando alejándose de ella. Si es esto último quizá podamos recoger muestras a uno, cien o doscientos kilómetros de la masa central. Si no, tendremos que acercarnos al límite.

—Sí, comprendo… Pero no sé si yo podré comprender oportunamente cuándo es el momento de variar el rumbo.

—Lo mejor será que se quede con nosotros —dijo Trevor—. Sacaremos los censores, y en cuanto recibamos la señal de que han capturado la muestra que deseamos usted dará orden de colocar la nave en órbita interior a la esfera negra. ¿De acuerdo?

—Perfecto —asintió Empire—. ¿Puedo ayudar de alguna manera?

—Desde luego que si —sonrió Trevor—: permaneciendo calladita.

Y volvió su atención a la pantalla, perdiéndose así el grandioso

espectáculo del sonrojo violento de la comandante de la nave, que le dirigió una mirada que contenía más relámpagos que las nubes que crujían rodeando completamente el planeta Tierra.

La mayor proximidad a la nube no aportó en ningún momento nada nuevo desde el punto de vista directo en pantalla. Pero, en determinado momento, los censores enviaron la señal de que habían conseguido las muestras deseadas, cuando la nave se hallaba todavía a unos cincuenta kilómetros de la nube y la comandante Berkeley comenzaba a inquietarse.

Inmediatamente que Trevor le informó de que podía establecer la órbita. Empire lo comunicó por el sistema interno a sus ayudantes, y se apresuró a acercarse al receptáculo de la muestra recogida por los censores.

El receptáculo, una pequeña caja de cristal puro, disponía de selector de temperaturas, desde cien grados sobre cero a cien grados bajo cero, y, por supuesto, sistemas de manipulación y visualización microscópica de cualquier clase de muestra, por diminuta que ésta fuera, alcanzando la proporción del millón de veces. En la pantalla anexa, que sustituía los arcaicos lentes de visión directa del investigador, aparecería, en su momento, la imagen ampliada un millón de veces, o la porción de ella que cupiera en la medida de la pantalla.

Pero todo este mecanismo no había sido conectado todavía. Trevor, Westminster y Empire miraban fascinados la muestra recogida. Allá, dentro de la caja de cristal puro y de transparencia de una nitidez absoluta, se veía ahora como un humo ligero, oscuro, de movimiento incesante.

—Parecen polillas —murmuró Empire.

—¿Qué? —la miró Trevor.

—Polillas… ¿Sabe a qué me refiero, supongo? Claro que son mucho más pequeñas… Quiero decir que me han recordado las polillas, en un constante revoloteo.

—Polillas… —repitió Trevor—. Polillas.

—Bueno… ¿Usted no ha visto nunca una luz, un farol, rodeado de polillas que no paran de revolotear? No son negras, ya lo sé, pero… ¡A mí me ha recordado eso, y si no le gusta váyase al infierno!

—¿Qué dice? —preguntó Westminster, llevándose una mano a la oreja.

—Que parecen polillas —dijo Trevor.

Westminster asintió, y accionó el mando microscópico. En la

pantalla aparecieron cosas del tamaño de un grano de arroz, siempre de color negro, moviéndose continuamente, dejando líneas negras en las retinas. Westminster congeló la imagen, y entonces pudieron ver las cosas negras con bastante nitidez, acercándose mucho a la pantalla el miope profesor Westminster. La cabeza de Trevor se juntó a la suya.

—Vaya… —dijo Westminster—. Vaya, vaya.

—¿Qué? —se impacientó Empire—. ¿Qué son?

—¿Qué te parece? —soliloquiaba Westminster—. ¡Vaya, vaya…!

—Chocante —dijo Trevor Washburn—. En verdad chocante, maestro.

—Chocante, sí. ¡Esa es la palabra!

—Tenemos aquí materia para pasarnos estudiando el resto de nuestras vidas. ¿Usted qué opina?

—Pero… ¿qué son? —insistió Empire.

Trevor la miró, y dijo:

—Polillas.

—¿Se está burlando de mí? —lo miró torvamente Empire.

—No. Véalas usted misma —le cedió un pequeño espacio para que se acercase lo máximo a la pantalla—. No son, por supuesto, propiamente polillas, es decir, polillas de la Tierra, pero fíjese: tienen un cuerpo tubular, alas, sistema óptico, miembros de palpación o sujeción e incluso de desplazamiento, tal vez. Están entre la mosca y la polilla… Y puestas así las cosas no veo por qué no hemos de llamarlas polillas… de momento.

—O sea, que son seres vivos —musitó Empire.

—Como usted y como yo. Por supuesto no son seres de la Tierra ni de nuestro ámbito vital, pero son seres vivos.

—De una escala inferior.

—Eso nunca se sabe —intervino Westminster—, aunque me parece inadmisible que estas… polillas puedan ser superiores a nosotros.

—Tal vez lo sean —dijo Trevor, mirando de reojo a Empire, que estaba tan cerca de él que sus rostros casi se tocaban—. Lo seguro es que estos seres son extraterrestres, y ya se sabe que los extraterrestres son siempre más inteligentes que los terrestres. ¿Está de acuerdo, comandante?

—Claro que no —rechazó Empire.

—¡Ah! ¿No es usted de los que creen que los terrestres somos la escoria del universo?

—De ninguna manera.

—Menos mal —suspiró Trevor, volviendo el rostro hacia ella.

Lo hizo en el momento justo, es decir, cuando también Empire volvía el rostro hacia él dejando de mirar la pantalla ante la cual se juntaban sus cabezas. Tanto se juntaban que, al girar ambas para enfrentarse, la boca de Trevor Washburn entró en contacto con la de Empire. Breve, fugaz, suave, pero completo contacto.

Empire retiró vivamente la cabeza, para poder mirar bien a los ojos al joven científico, que, sorprendentemente, de nuevo se había ruborizado. Unas chispas de malicia aparecieron en los hermosos ojos de Empire, y eso fue todo.

—Cuando dejen de decir tonterías —dijo Westminster, que no se daba cuenta de nada que no sucediera en la pantalla— podremos dedicarnos Trevor y yo a nuestro trabajo, esto es, investigar a estas polillas.

—Eso quiere decir que ya no me necesitan para nada —dijo Empire.

—Exacto —asintió Westminster, sin mirarla.

—¿Y usted? —miró Empire a Trevor—. ¿Tampoco me necesita para nada?

—Pu…pues… no. No, tampoco. Gracias.

La comandante soltó una de sus electrizantes carcajadas, y abandonó el laboratorio, dejando como petrificado a Trevor, hasta el punto de que Westminster terminó por volver la cabeza hacia él para mirarlo por encima de los lentes.

—¿Trevor?

—¿Eh…? Oh, ah… Sí, sí señor, sí.

—¿Se puede saber en qué estás pensando?

—¿Realmente quiere saberlo, maestro?

—Realmente. Más con fines científicos que de curiosidad personal. Maldita sea, muchacho, tenemos ante nuestros ojos lo que nunca vieron, algo realmente nuevo, algo extraterrestre, por insignificante que sea, y tú pareces estar en la luna, y pierdes el tiempo con tonterías. De modo que dime en qué estás pensando, analicémoslo, obtengamos conclusiones, efectuemos la terapia adecuada, y pongámonos a trabajar. ¿En qué estabas pensando?

—En nada —se avergonzó Trevor Washburn—. Realmente en nada importante, maestro.

* * *

En la sala de mandos, la comandante Empire Berkeley, que había conectado la pantalla que le permitía observar el interior del laboratorio, oyó perfectamente al profesor Washburn, y dijo entre dientes:

—Estúpido.

Junto a ella, su ayudante, el subteniente de las Fuerzas Espaciales Mike Cordell, volvió la cabeza y preguntó:

—¿Por qué?

—Por qué… ¿qué? —lo miró enojada Empire.

—Que por qué soy un estúpido.

—¿Un est…? ¡Eso no iba por ti!

—Ah. ¿Qué hacen los sabihondos?

—Investigan. Hacen su trabajo.

—Buena gente. Bueno, a su manera también son unos valientes, ¿no te parece? Hay que serlo para encerrarse herméticamente en ese laboratorio con esas cosas que cualquiera sabe lo que son y lo que pueden provocar en nuestros organismos. Su único contacto ahora somos nosotros por medio de esta pantalla…, y tenemos la orden de no abrirles el laboratorio si las cosas se complican. Es lo que se puede llamar con todos los honores una gran putada.

—Ellos son los científicos, y así lo aceptaron.

—De acuerdo. Pero hay que tenerlos bien puestos.

—Somos siete personas además de ellos en esta nave —dijo Empire —. No tendría objeto que corriésemos el riesgo todos, Mike.

—Sí, sí, está bien. Bueno, tenemos el rumbo programado, así que todo nuestro trabajo a partir de ahora consiste en vigilar ese laboratorio, y en ir atendiendo las comunicaciones con la base. Tú dirás qué turnos hacemos.

—Por el momento yo me encargo de todo —murmuró Empire—. Phillip hará el segundo turno, Joe el tercero y tú el cuarto. Los de mantenimiento que se lo arreglen entre ellos.

—*Okay*. Bueno, francamente, a mí me sacaron de la cama para atender esta misión especial, y estoy que me caigo. ¿Tú no estabas en la cama?

—Sí —rio Berkeley—, pero hacía más rato que tú que dormía, pues no tenía compañía que me distrajera. ¿Con quién era esta vez? ¿Con Patty, con Carol, con Jennifer…?

—Una nueva —guiñó un ojo Mike, poniéndose en pie y terminando con un tremendo bostezo—. ¡Caray, qué hartón de roncar voy a darme!

—Eso será si no ocurre nada inesperado.

—Lagarto, lagarto —cruzó los dedos el piloto espacial.

Abandonó la pequeña sala de mandos. Empire Berkeley dedicó su atención a las imágenes del laboratorio que le ofrecía la pantalla, completamente despreocupada de la ruta de su nave. Había sido programada para el vuelo circular, y sabía que no habría fallo alguno en ese sentido.

En cambio, en el laboratorio donde estaban encerrados los profesores Westminster y Washburn podía ocurrir cualquier cosa.

CAPÍTULO III

Cuarenta horas más tarde, los dos científicos cesaron en sus manipulaciones. El profesor Westminster apoyó los brazos sobre una superficie metálica, colocó la cabeza sobre los brazos, y se quedó dormido. Trevor Washburn lo miró, sonrió cansadamente, y volvió la cabeza hacia el objetivo de la cámara de televisión.

—No hay cuidado —dijo—. Todavía no podemos presentar completamente a las polillas, pero podemos asegurarles que no hay ningún riesgo de contaminación en ningún sentido. No hay gérmenes que puedan preocuparnos. ¿Quién me está viendo?

—Soy yo profesor —sonó la voz de Empire.

—Ah, comandante… ¿Qué tal?

—Yo bien; en cambio, ustedes están hechos papilla.

—Sólo tenemos sueño. ¿Hay algún sitio donde el profesor y yo podamos dormir a pierna suelta?

—Me reúno con ustedes en cinco segundos.

Efectivamente, apenas media docena de segundos después Empire entraba en la sala laboratorio. Se acercó a Trevor, que en ese tiempo parecía haber quedado más que dormido muerto, y lo tocó en un hombro.

—Profesor.

—¿Eh…? ¿Qué…? Ah, sí. Oh, bien, pero ahora estoy dormido… ¿No podríamos dejarlo para otro momento?

—¿A qué se refiere?

Trevor Washburn parpadeó con fuerza, hizo unos cuantos visajes, estiró y forzó los párpados, y finalmente se quedó mirando a Empire, que esperaba expectante.

—Tengo un sueño espantoso —dijo—. Pero no crea que es por lo de

ahora: es que cuando el profesor me llamó para que lo acompañara ya llevaba sin dormir no sé cuánto tiempo…

—¿A qué se dedicaba?

—Pues a investigar. Y precisamente algo que… ¡Demonios, me voy a quedar dormido de pie!

—Será mejor que ocupen dos salitas de reposo —sonrió Empire—. Yo llevaré al profesor Westminster.

Cargó en brazos al profesor, y, seguida por Trevor, que parecía tener los pies de plomo, pasó a una de las salitas acondicionadas para reposo absoluto. Depositó a Westminster en el lecho con colchón de aire, y se volvió hacia Trevor, al que encontró dormido de pie tras ella.

—Profesor —llamó.

Trevor abrió a medias un ojo, asintió, y cayó hacia delante, de modo que su cabeza fue a apoyarse en un hombro de la comandante. Esta rio quedamente, lo abrazó por la cintura, y lo llevó a la cabina contigua, cuya luz de una tonalidad rojo oscuro encendió al entrar. Llevó a Trevor al lecho, y al colocarlo en éste el científico se abrazó a su cuello y la arrastró con él.

Lo último que oyó Trevor Washburn antes de quedar súbitamente fulminado por el sueño fue la risa de la hermosísima comandante Berkeley.

* * *

A menos de diez mil kilómetros de la nave, en el planeta Tierra, seguía nevando. La cubierta de negrura que la rodeaba parecía ser cada vez más densa. Ya no había en parte alguna del planeta un solo lugar desde el cual pudiera verse tan siquiera un leve resplandor a través de las nubes, convertidas todas en una masa de tormenta como jamás había conocido el hombre actual.

Ya no llovía. Nevaba. Sólo nevaba, en todas partes, incluso sobre los mares más cálidos. Todavía, en muchos sitios, se estaban utilizando quitanieves en las carreteras, funcionaban los sistemas de calefacción, los sistemas de energía eléctrica…

Todo el planeta era ahora un ascua de luz. Luz artificial, ciertamente, pues seguía siendo de noche en todo el planeta. El consumo de energía era tremendo, y esto quedaba agravado porque las condiciones climatológicas comenzaban a paralizar la producción de más energía. En muchos sitios, las aguas contenidas en pantanos y

presas hidráulicas comenzaban a helarse; muchos pozos de petróleo dejaron de funcionar. En muchísimas ciudades y pequeños núcleos de población las cañerías de distribución de agua se congelaron y comenzaron a reventar. Los arroyos comenzaban a congelarse…

En el casquete polar del Norte del planeta apareció la primera grieta tras el crujido del hielo. Por esa grieta que crujió y se agrandó en poco tiempo, comenzó a divisarse, a una profundidad de más de cien metros bajo el hielo, el resplandor rosado de una forma metálica circular y aplanada que se estaba abriendo camino, entre millones de toneladas de hielo, para trasladarse a la superficie donde reinaba el frío más espantoso que los seres del planeta Tierra pudieran imaginar.

* * *

Lo primero que vio al abrir los ojos fue el rostro de la comandante Berkeley, muy cerca del suyo. Ella sonreía. Sonreía con una dulzura que estremeció al profesor Washburn y lo ayudó a despertar del todo.

—Hola —susurró ella—. ¿Cómo te sientes?

—Todavía no lo sé… ¿Qué pasa?

—No pasa nada —rio Empire—. Tu maestro duerme todavía, y parece que tiene para rato.

—Bueno, entonces yo…

Al moverse, Trevor se dio cuenta de que Empire no estaba de pie junto a su lecho, sino tendida en éste con él. Y al retroceder un poco la cabeza expresando sorpresa, se dio cuenta de que la comandante de la nave estaba completamente desnuda, igual que él mismo.

El sobresalto actuó en él como estimulante de sus músculos, impulsándole en un salto que lo dejó sentado sobre el cálido colchón de aire.

—¡Coño! —aulló.

Empire rio una vez más, y colocó una de sus manos en un muslo del científico.

—Anda, ven —susurró.

—Pe…pero… ¿qué… qué significa…?

—No seas tonto, profesor.

—Bueno, pe…pero es… es que yo…

—¿No te vengo de gusto? Te diré la verdad: cuando comprendí que ya no podías tardar en despertar vine a traerte comida —señaló donde la había dejado—, pero se me ocurrió que quizá estabas necesitando

más lo que puedo darte yo. ¿Lo has hecho antes alguna vez?

—¿El qué?

Empire hizo un gesto entre resignado y compasivo.

—¿No sabes de qué te estoy hablando? —reprochó.

—Pues… ¿Del acto sexual, tal vez?

—En efecto. Profesor, ¡no me digas que nunca lo has hecho!

—Oh, sí… ¡Muchas veces!

Empire Berkeley no daba crédito a lo que su intuición le decía.

—Cielos —exclamó—. ¡Estamos en el año mil novecientos noventa y cuatro y este hombre no ha hecho nunca el amor! ¡Es increíble!

—Sí… Sí que lo he hecho, sí —casi tartamudeó Washburn.

Ella entornó los párpados, y se quedó mirándolo. Él también la miraba. Estaba viendo aquel cuerpo insólitamente espléndido, como forrado de seda roja, moldeado por unas formas de belleza increíble. Era como una estatua de cintura esbelta, caderas amplias, vientre terso, pechos altos, sólidos, de turgencia presentida… La mirada de Trevor se deslizó por aquellos pechos, de nuevo por el vientre, los muslos… Volvió con sobresalto a los pechos, se recreó en ellos, miró el esbelto cuello.

Por último se fijó en la boca de Empire, más roja que nunca, con una apariencia de frescor inaudito. Ella acercó su rostro al de él, y lo besó en los labios, despacio, suavemente, pero con decisión. Trevor Washburn se estremeció cuando sintió en la suya la caricia de la lengua de la comandante.

Ella se apartó al cabo de unos segundos, lo miró a los ojos, y sonrió. Tomó las manos de él y las puso sobre sus pechos.

—Estoy segura de que en teoría lo sabes todo —susurró Empire—. En teoría y en plan científico. Pero en la práctica no tienes ni idea de lo que es el acto sexual. Así que voy a decirte una cosa: me gustaste tanto en seguida, profesor, que me hizo mucha gracia que me robaras aquel besito. ¿No quieres robarme otro?

Se abrazó a él. Trevor la besó en la boca. Ella sintió la crispación de las manos de él en sus senos. La piel de ambos comenzó a arder. Trevor la empujó sobre el lecho, y se deslizó entre los sólidos muslos que parecían de mármol rojo.

Empire Berkeley emitió un ahogado grito de sorprendido gozo cuando sintió el tremendo poder masculino que había estado deseando desde que viera al profesor Trevor Washburn.

* * *

—Profesor —se plantó Trevor delante de Westminster—. Es usted un cabrito. ¡Qué digo un cabrito…! ¡Es usted el cabronazo más grande que ha producido la historia del mundo!

Leonard Westminster se llevó una mano a una oreja y preguntó:

—¿Qué?

—¡Que maldita sea su estampa! —aulló Washburn.

Las cejas del viejo científico se alzaron.

—¿Estás enfadado conmigo, Trevor? ¿Por qué?

—¡Porque por su culpa me he estado perdiendo lo mejor de la vida hasta ahora! ¡Treinta años desperdiciados estúpidamente! ¡Venga estudiar, venga estudiar, venga matarme a estudiar para poder ser algún día tan sabio como usted… y ahora, a mis treinta años, me entero de lo que me he estado perdiendo! ¡Maldita sea su estampa!

—Hijo mío, no puedo creer lo que estoy oyendo —dijo Westminster, muy abiertos los ojos.

—Pues se lo estoy diciendo bien claro; ¿no? —Trevor estaba realmente congestionado por la rabia—. ¡De acuerdo, la Ciencia es importantísima, vale la pena sacrificarse por ella, pero todo tiene un límite! ¡El Hombre necesita también otras cosas, y una de las que más necesita, porque es agradable y va bien para el cerebro, es hacer el amor!

—Toma, claro —exclamó Westminster—. Y eso es lo que no puedo creer que estén oyendo mis atrofiados oídos… ¿Has dicho que hasta ahora no habías hecho el amor?

—¡Eso he dicho! ¡Y todo por su maldita culpa! ¡Usted que es un maldito eunuco, me ha tenido a mí como si también lo fuese, dale que dale a los estudios de la maldita Ciencia! ¡Como usted no lo hacía, pues yo tampoco!

—¿Cómo que yo no lo hacía, cómo que yo no lo hacía? —barbotó el veterano científico—. ¡Ya lo creo que lo hacía, y sigo haciéndolo!

—¿Cómo que lo hace? —balbuceó Trevor.

—Anda este —comenzó a cabrearse a su vez Westminster—. Escucha, jovencito, tengo setenta años justos, pero desde los quince que ando echando polvos siempre que puedo, y sólo la muerte me va a detener en esa actividad. ¿Acaso no conoces a Peggy?

—¿Peggy? —parpadeó como enloquecido Trevor—. ¿Peggy? La chica que le pasa sus apuntes a máquina, ¿no?

—¡Esa!

—Claro que la conozco. ¿Qué pasa con ella?

—¿Qué ha de pasar? ¡A ver si te crees tú que le he puesto apartamento cerca de casa sólo para que escriba a máquina! Y antes que Peggy fue Rosie, y antes Deborah… ¿Las recuerdas?

—Cla… cla… claro que… que las recuerdo… ¿Quiere decir… que se ha estado… acostando con ellas…?

—Naturalmente. ¡Y cuando Peggy y yo nos cansemos, pues cada cual por su lado yo a buscarme otra jovencita complaciente! Nada de complicaciones, eso sí, porque lo primero es la Ciencia, pero de eso a perderme lo otro… ¡Ni que fuese tonto!

Trevor se sentó, anonadado.

—Pues yo debo ser tonto —se condolió; lanzó su mirada de nuevo iracunda hacia Empire, que cerca de los dos científicos, se estaba partiendo de risa—. ¡Y tú deja de reír, maldita seas, o te estrangulo!

—Atiza —salió de su pasmo Westminster—. ¿Quieres decir que has estado sin hacer el amor hasta ahora? ¿Y cómo demonios había de saber yo eso? ¡Estaba convencido de que lo hacías más que yo! Y no era cosa de andar conversando sobre un tema tan obvio teniendo la Ciencia para…

—¡Al huevo usted y la maldita Ciencia!

—¿Qué?

—¡Que me cag…!

—Anda, cálmate —se acercó riendo Empire, y sentándose en sus rodillas—. Tu profesor tiene razón: el sexo es tan obvio que no valía la pena ni hablar de él. El sexo hay que vivirlo, no comentarlo. Y no protestes más: yo te haré recuperar el tiempo perdido.

Le tomó el rostro entre las manos, y lo besó en la boca. Leonard Westminster se quedó mirándolos sonriente, pero su sonrisa se fue fatigando, dada la duración del beso. Por fin, soltó un gruñido.

—Bueno, ya está bien, ¿no? —masculló—. No sólo vienes al trabajo cuando yo llevo aquí no sé cuánto tiempo, sino que encima te distraes. ¿Por qué no dejáis eso para la próxima sesión?

—¡Tiene razón! —rio Empire, saltando de las rodillas de Trevor—. Cada cual a su trabajo. Hasta luego, Trevor.

—Un momento, un momento —dijo Westminster—. ¿Le importaría que utilizara su nombre con las polillas?

—No comprendo —se sorprendió la comandante.

—Bueno, aunque sus características de conjunto están muy lejos de

las de nuestras polillas, esos… seres vivos las recuerdan, de algún modo. Y puesto que de algún modo hemos de llamarlos he pensado en utilizar el nombre de usted.

—¿Las va a llamar Empire Berkeley? —se pasmó la belleza.

—Mi idea es llamarlos *Papilio* Empire. Es un poco un juego de palabras. Ya sabe usted que en latín *Papilio* significa Mariposa. En cuanto al nombre de usted, significa Imperio, así que me ha parecido que era bonito nombre para estos… pequeños visitantes del planeta Tierra: Mariposa Imperio. Sólo que queda mejor en latín: *Papilio* Empire. ¿Está de acuerdo?

—Te advierto —dijo Trevor— que el profesor te está concediendo todo un honor.

—Sí, ya lo interpreto así. Y acepto encantada, profesor.

—Estupendo. Y ahora, atienda bien: ¿le parece posible que pasemos con la nave a través de las polillas?

—¿Atravesar toda la masa, quiere decir?

—Sí. Lo malo es que no tengo la menor idea de la densidad de esa masa a medida que nos adentremos en ella, ni del grosor que forme. En cualquier caso, necesitan un mínimo espacio vital entre ellas, de modo que no creo que encontrásemos jamás una masa compacta.

—¿Qué ganaremos atravesando ese anillo de *Papilio*? —preguntó Trevor.

—Cuando menos, ver el sol —replicó Westminster.

—¡El sol! —exclamó Empire, poniendo los ojos en blanco—. Pero… ¿ha existido alguna vez el sol?

—Doy fe —dijo Trevor, sonriendo.

—Entonces, espero que siga donde ha estado siempre.

La sonrisa de Trevor desapareció, y quedó tan sobresaltado como Westminster. Hubo un veloz cambio de miradas entre ellos que Empire no pudo por menos de notar, y se alarmó a su vez.

—¿He dicho alguna tontería? —inquirió—. ¿O ustedes saben algo que los demás no sabemos? ¡Dios mío, no me digan que el sol ya no está ahí!

—¿Cómo saberlo? —encogió los hombros Trevor, como queriendo quitarle importancia a la cuestión.

—Ya lo he dicho —insistió Leonard Westminster—: atravesando la nube de *Papilio* Empire que envuelve la Tierra…, si es que eso es posible. Yo no lo sé, y por eso estoy aguardando la respuesta de la comandante.

—Es que no lo sé… —murmuró la bellísima Empire—. No lo sé, profesor. Depende del grosor de la envuelta de polillas. Porque si por ejemplo, el grosor es de mil o cien mil millas, no hay problema, ya que tenemos autonomía suficiente para hacer ese viaje y regresar a la Tierra. Pero si el grosor de polillas es de un millón de millas, no disponemos del combustible suficiente para la duración de ese viaje.

—Tú quieres matarnos —dijo Trevor, con una mano en el corazón, como temiendo el paro cardiaco—. ¡Un millón de millas! ¡Una envuelta de polillas de un millón de millas! ¿Ha oído eso, profesor?

—Vaya que sí —asintió Westminster—. Para muchos podría parecer una barbaridad, pero… ¿qué sabemos nosotros de lo que puede aparecer en cualquier momento procedente del universo? Nuestros pequeños visitantes pueden ser un billón de billones, o un billón de veces esa cantidad. O quizá ni siquiera se midan o cuenten por unidades, sino por colonias enteras, cada una de las cuales podría tener un billón de billones de veces la cantidad más grande las citadas anteriormente. Así que, comandante, ¿podemos o no podemos atravesar esa nube negra para saber cuál es su grosor?

—Lo vamos a intentar —dijo Empire.

Dio la vuelta y se dirigió hacia la salida, seguida por la mirada de ambos profesores. Cuando hubo salido. Westminster soltó un bufido, y exclamó:

—¡Vaya un culo, en efecto!

—¡Un momento! —saltó Trevor—. ¡No estará pensando en hacerlo también con Empire!

—¿Por qué no? ¡Si tengo la menor oport…!

—¡Maldita sea su estampa! ¡Ella es *mi chica*!

—Bueno, hombre, bueno… Tranquilo. ¡A ver si te crees que no tengo yo en la Tierra las chicas que me dé la gana! Claro que me cuestan un dinero, pero ¿qué importa eso? De joven las tenía gratis, como tú.

—Me parece que está usted fanfarroneando, cuando menos —sonrió de pronto Trevor—. ¿Estás seguro de que todo eso de Peggy, Rosie, Deborah y otras no lo ha soñado?

—Tú descuídate con tu comandante y verás lo que hago con ella.

—Oh, vamos —se echó a reír Trevor—. ¡Pura palabrería! ¡Pero si Empire lo haría a usted trizas si lo pillara en la cama!

—De algo se ha de morir —sonrió ahora de oreja a oreja el profesor Leonard Westminster.

La voz de Empire, resonando nítidamente en la sala-laboratorio, impidió la respuesta de Trevor Washburn:

—Preparados. Vamos a tomar la vertical para atravesar la nube en completa perpendicular, a fin de reducir al máximo la distancia. Se inicia el cambio de vuelo dentro de un minuto…

CAPÍTULO IV

Sentados en sus alvéolos anatómicos, los profesores Westminster y Washburn contemplaban las pantallas de televisión que les ofrecían las imágenes de su entorno. Ahora la negrura era absoluta en todas partes, pues ni siquiera podían ver lo que dejaban atrás y abajo, esto es, las nubes de tormenta interminable que rodeaban la Tierra y desde las cuales se desprendían con frecuencia lumínicos relámpagos.

Ahora, simplemente, en las pantallas todo era negrura. Cualquier dirección que tomaran las cámaras de exploración visual sólo había *Papilio* Empire. ¿Cantidad? Era inimaginable. Nadie podía vivir lo suficiente para escribir los ceros suficientes tras el generador uno. Una persona podía vivir cien años y cuando muriese aún no habría tenido tiempo de escribir la cantidad representativa de las *Papilio*…

Apareció una levísima claridad en las pantallas.

—Dios —jadeó Trevor—. ¿Lo ve, profesor?

—¿Qué?

—¡Que si ve esa claridad!

—Ah. Claro; soy sordo, no ciego. ¿Qué distancia debemos haber recorrido?

—Ochenta millas —sonó la voz de la comandante Empire—. Y parece que la densidad de la masa es menor a cada segundo.

Efectivamente, en las pantallas se iba viendo más y más luz a cada instante. Era como si estuviesen contemplando una mancha de tinta que se fuese disolviendo en el agua.

Hasta que la mancha de tinta era tan tenue que pareció un velo de gasa.

Hasta que, casi de repente, dejó de existir la tonalidad negra ni siquiera en su menor grado, y la nave salió dispara da a la luz solar, que

pareció un incendio en las pantallas de televisión. Los dos científicos se protegieron los ojos con las manos, mientras se oía en la sala la excitada voz de Empire:

—¡El sol! ¡Ahí lo tenemos, ahí está…! ¡Oh, Dios mío, qué hermoso es!

—¿Qué distancia hemos recorrido para cruzar la nube? —preguntó el profesor Westminster, todavía protegiéndose los ojos.

—Poco más de cien millas. Exactamente ciento siete millas.

—Ciento siete millas de polillas —farfulló el anciano—. Bueno, aquí me habría gustado ver a mi madre cuando protestaba por las polillas que se comían la ropa de casa. Hagamos un cálculo aproximado: ciento siete millas de grosor en una esfera que rodea la Tierra a diez mil kilómetros de distancia. Sabiendo esto: ¿cuál es el tamaño de la esfera de polillas y cuántas hay en total?

—Al huevo —gruñó Trevor, comenzando a retirar las manos de delante de sus ojos.

En las pantallas había ahora una iluminación dorada, bellísima. Dos de ellas, sin embargo, tomaban imágenes hacia atrás, ofreciendo la negrura de la esfera de *Papilio*; negrura que ahora no era tal exactamente, sino que adquiría un cierto tono amarronado.

Empire apareció una vez más en la sala laboratorio, y fue a sentarse en las rodillas de Trevor, que la abrazó por la cintura y la besó en el cuello. Ella sonrió, pero, al mismo tiempo, el profesor se dio cuenta de que la comandante estaba llorando.

—Trevor, tenemos que hacerlo —tembló la voz de Empire—. ¡Tenemos que conseguir que el sol vuelva a iluminar la Tierra!

—Tal vez lo consigamos —asintió Washburn—. Lo seguro es que nadie podrá acusarnos al profesor y a mí de no estudiar el asunto hasta el límite de nuestras fuerzas. ¿Cierto, maestro?

—Cierto —dijo Westminster—. Pero poco podrás estudiar si la comandante se dedica a distraer tu atención.

Empire parpadeó, sonrió, besó a Washburn en la boca, y tras saltar ágilmente de sus rodillas abandonó la sala, que fue cerrada herméticamente, considerando que los dos científicos iban a proceder de nuevo a manipular las *Papilio* Empire que se movían en la caja de cristal.

Pero todavía estuvieron un par de minutos contemplando la luz en las pantallas de televisión, hasta que sonó la voz de Empire:

—¿Quieren ver algo impresionante?

—Cuidado con mi corazón —dijo Trevor—. Recuerda que me lo dejaste al borde del infarto a base de polvos.

—¡Trevor, no seas grosero!

—Si salimos de esta recuerda que me has prometido hacerme recuperar todo el tiempo perdido por culpa del profesor —gruñó Washburn—. ¿Qué es eso impresionante que podemos ver?

—Tomo los mandos de vuestros visores —dijo Empire.

Las imágenes cambiaron en las pantallas. Apareció el ámbito azulado de la inmensidad del cielo; en las pantallas refulgió por un instante, pero cegadoramente, el sol; luego, apareció aquello.

Aquello.

Aquella bola negra flotando en el espacio.

—Dios, ¡no! —jadeó Trevor.

Westminster no dijo nada. Sus miopes pero perspicaces ojos estaban fijos en aquella esfera negra con cierta tonalidad marrón, que permanecía inmóvil en el espacio azul y dorado. Uno y otro científico habían realizado anteriores vuelos espaciales, y habían visto la Tierra, radiantemente azul y parda, adornada con blancas guedejas de nubes. Ahora, era sólo el centro de una bola hecha de seres de procedencia desconocida.

—Parece… un panal de miel —dijo Westminster suavemente—. Los sacaremos de ahí. La pregunta es: ¿podremos hacerlo a tiempo?

* * *

Ahora a más de quince mil kilómetros de distancia, las superficies congeladas de los casquetes polares del planeta Tierra se habían resquebrajado con horrísono sonido.

La oscuridad era tal en las zonas no habitadas del planeta que ni siquiera el blancor de la nieve podía vencerla. Todavía, en las grandes ciudades, se iba recibiendo energía suficiente para la subsistencia, pero la nieve lo estaba cubriendo todo, convirtiéndose en hielo cada vez más rápidamente y forzando el consumo energético de calefacción a un ritmo que era sencillamente suicida.

Aunque no más suicida que pretender conservar la energía, que muy pronto no serviría de nada. En las ciudades que tenían rascacielos, como Buenos Aires, Rio de Janeiro, Ciudad México, Londres, Hong Kong, New York, por citar algunas, los pisos más altos habían quedado congelados, allí la calefacción ya no servía de nada. Muchas ciudades y pequeñas

localidades habían quedado ya a oscuras. Poco a poco, la oscuridad total se iba adueñando del planeta.

Pero, justamente en los polos, allá donde siempre (que el hombre supiera) había reinado la oscuridad sin paliativos y el silencio total, aparecían, las luces procedentes de las profundidades heladas. Las naves de metal luminiscente rosado se iban abriendo paso hacia la superficie, creando simas pavorosas de hielo y nieve que ahora adquirían aquella bella tonalidad rosada. Girando con suave firmeza, en diversos puntos, las naves subían, abandonando su lecho de hielo, partiendo éste con toda facilidad.

Hasta que las naves comenzaron a salir, elevándose majestuosamente por entre la nieve, la escarcha, el granizo. La cúpula superior giratoria, simplemente, con la suavidad de la facilidad, rechazaba en espiral todo cuanto cayera encima.

Entonces, en la tremenda oscuridad de los casquetes polares, que se habían convertido en gélidos cementerios, comenzó a aparecer la luz rosada de las hermosas naves gigantescas que se separaron tomando todas las direcciones posibles, desplazándose hacia todos los puntos del planeta Tierra.

* * *

Trevor abrió los ojos, vio sobre él la forma humana, y, al mismo tiempo, percibió el contacto de los labios de ella en los suyos. Adormilado, abrazó a Empire por el cuello, y la derribó sobre él, pero ella se separó rápidamente, exclamando:

—¡Trevor, no! ¡No se trata de eso!

El joven profesor abrió los ojos, y se quedó mirando a la comandante, que había quedado junto a él en el lecho. Pero no estaba desnuda, sino vestida con su uniforme habitual, y lo miraba con expresión tensa.

—¿Qué pasa? —gruñó Trevor; se sentó de un salto en el lecho—. ¿Qué hago yo aquí?

—Tú y el profesor Westminster volvisteis a quedaros dormidos en el laboratorio, y yo os llevé a los dos a las salas de reposo. No quería despertarte, quería que lo hicieras por ti mismo cuando hubieras descansado lo suficiente… ¡Pero está ocurriendo algo terrible, Trevor!

Este, que se estaba pasando las manos por la cara, frotándola con

energía, las apartó y se quedó mirando a Empire.

—¡Demonios, dilo! —exclamó.

—Es mejor que vengáis a la sala de mandos. ¡Vamos a despertar al profesor Westminster y venid conmigo!

Trevor asintió, saltó del lecho, y en un instante él y Empire entraban en la salita de reposo donde Westminster dormía ya con ligereza, agitándose. Trevor le puso una mano en un hombro.

—Maestro… ¡Maestro!

—¡No! —gritó Westminster—. ¡No me molestes ahora, mala puta, que estoy estudiando polillas! ¡Eres más caliente que una salchicha recién hecha! ¡Viva la Ciencia, abajo el sexo…!

—¡Profesor! —aulló Trevor, sacudiéndolo por el hombro.

Leonard Westminster abrió los ojos, es decir, los desorbitó, y se quedó mirando el rostro de su discípulo, ayudante y amigo. En seguida, vio también a Empire.

—¿Qué pasa? —jadeó.

—Algo terrible, según Empire —dijo Trevor—. ¡Tenemos que ir a la sala de mandos!

—Sí… De acuerdo. Pero… ¿qué pasa? —insistió, saliendo del lecho de aire.

—Me parece que están invadiendo la Tierra, por lo que he entendido —dijo Empire.

—¿Qué? —se llevó una mano a una oreja el viejo profesor.

—¿Invadiendo la Tierra? —palideció Trevor—. ¿Quién? ¿Las *Papilio* Empire?

—No. Unas naves.

Westminster y Washburn se miraron. Empire salió a toda prisa de la salita de reposo, y los dos la siguieron. En cuestión de segundos llegaron a la sala de mandos, donde se habían reunido todos los ocupantes de la nave, que contemplaban incrédulamente la pantalla grande de recepción de imágenes de la Tierra. Generalmente, eran ellos quienes enviaban imágenes a la Tierra, y la pantalla grande de recepción era utilizada para exploraciones de gran ámbito en viajes de duración poco usual por el espacio.

Pero ahora, en esa pantalla se estaban recogiendo las imágenes que les enviaban desde la Tierra, mientras, justo en aquel momento, se oía la voz de turno en la base desde la cual habían sido lanzados al espacio:

—¿Qué está ocurriendo ahí? —el tono era exigente—. ¿Podemos o no podemos conversar con el profesor Westminster?

Empire condujo a Westminster hasta el asiento situado frente a las comunicaciones, mientras el viejo profesor no dejaba de mirar las naves de coloración rosada que parecían flotar en una noche infinita.

—Estoy aquí —jadeó Westminster, ya sentado—. ¡Estoy aquí!

—¡Profesor Westminster! ¿Está viendo en la pantalla las imágenes que les estamos enviando?

—Bu…bueno, estoy viendo… unas naves de color rosa…

—¡Exactamente! Son naves alienígenas, que han aparecido de pronto en todo el planeta. En diferentes puntos hemos conseguido filmarlas, y gracias a eso las están viendo ustedes ahí arriba. ¿Me está oyendo?

—Sí, sí… ¡Lo oigo perfectamente!

—¿Perfectamente? Pues no será por mucho rato, porque dentro de poco tememos que las posibilidades de radiar serán nulas. Escuche, todo el planeta es ya una bola de hielo y nieve, y encima han aparecido esas naves de las que desconocemos todo. La pregunta que queríamos formularle es la siguiente: ¿pueden tener algo que ver estas naves con su esfera de *Papilio* Empire sobre la cual nos informó?

—¡No tengo ni idea! —exclamó Westminster.

—¿Cómo se les ha ocurrido eso? —preguntó Trevor.

—¿Es usted, profesor Washburn?

—¿Quién si no? —gruñó éste—. Conteste a mi pregunta.

—Bueno, se nos ha ocurrido que podría haber relación entre una cosa y otra, que todo podría ser la consecución de un perfecto plan de invasión de nuestro planeta…

—¿Invadir un planeta congelado? —dijo Trevor, sarcástico—. ¿Para qué? ¿De qué les puede servir a quienes sean un planeta congelado?

—Según los registros de zonas de rastreo, esas naves, o cuando menos la mayoría, estaban en los polos de la Tierra. Se han registrado en estos fuertes seísmos, se han producido tremendas simas…, y al poco aparecen esas naves. No podemos asegurar que procedan de ahí, porque las estaciones científicas han enmudecido completamente, pero todo apunta en favor de esa teoría. De ser cierta, significaría que esas naves habrían estado no se sabe cuánto tiempo metidas en el hielo de los polos…, y ahora han salido.

—Eso es imposible… ¡Imposible! Por muy solapadamente que esas naves hubieran llegado a la Tierra habrían sido detectadas, y en cuando a eso de permanecer metidas en hielo…

—Un momento —musitó Westminster—. Un momento, Trevor. Escuche, ¿quién es usted? ¿Con quién estamos comunicando?

—Soy el general Dash.

—Ah, sí… General Dash, vamos a bajar a reunimos con usted en la base. Estaremos ahí dentro de —miró a Empire, que le mostró los dedos índice y corazón extendidos— de dos horas.

—No es necesario que regresen. Lo que yo pregunto…

—He entendido perfectamente su pregunta, y se la responderé dentro de dos horas cara a cara. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, profesor… Aunque no sé si les vale la pena volver a casa. La Tierra ya no es la Tierra, y jamás volverá a serlo.

—Eso ya lo ver…

La comunicación se había cortado, y durante un par de segundos el profesor Westminster se quedó con la frase en la boca. La terminó con un bufido, y miró a Empire.

—Volvemos a casa hora mismo, comandante. Trevor, ven conmigo.

—Yo los acompaño —saltó Empire; miró a su ayudante—. Mike, rumbo a casa.

Mike Cordell asintió, fija la mirada en las naves rosadas que aparecían en el ámbito negro del planeta Tierra.

—¿Qué más da? —murmuró—. Tanto si nos quedamos en el espacio más de un mes, como si volvemos allá, la suerte está echada. Y no vamos a ponernos histéricos, ¿verdad, muchachos? De modo que… ¡volvamos a casa!

Segundos después los dos profesores y la comandante entraban en el pequeño laboratorio, donde Westminster se apresuró a sentarse. Trevor hizo lo mismo, y Empire se sentó en sus rodillas, ambos mirando expectantes al viejo profesor, que parecía estar en otro mundo, pensativo, pasándose una mano por su frente panorámica.

—¿Has oído hablar de los meteoritos de mil setecientos noventa y cuatro? —preguntó de pronto, mirando a Trevor.

—No… No. Esto de los meteoritos no es lo nuestro…

—Cuando tengas mi edad ya sabrás que además de la neo microbiología y las mujeres hay otras muchas Ciencias que también merecen nuestra atención…, en los ratos de ocio, se entiende. Bueno, al grano: en mil setecientos noventa y cuatro algunos observadores del cielo registraron, con la fiabilidad que podía registrarse entonces, la aproximación de numerosos meteoritos que se acercaban a la Tierra, y que finalmente llegaron a ésta, produciendo impactos de escasa importancia. Más adelante, a medida que se adelantaba en conocimientos y medios técnicos, hubo propuestas de buscar esos

meteoritos, y hasta algún intento que fracasó apenas puesto en marcha. Era lógico, porque… ¿sabes dónde cayeron esos meteoritos en 1794?

Trevor Washburn se pasó la lengua por los labios, y murmuró:

—Sí, lo sé: en los polos.

—Ajá. ¡Ya sabía yo que no podía haber elegido como ayudante a un tonto!

—¿Quiere decir —intervino Empire— que esas naves son los… meteoritos de 1794, y que han estado metidas en el hielo de los polos hasta ahora?

—No lo digo; sólo lo sugiero.

—Pero eso… es imposible. ¡Doscientos años metidas en hielo!

—Precisamente: doscientos años. Fíjese, comandante, que no han aparecido después de ciento catorce años, o doscientos treinta y seis, o doce, o mil quinientos nueve…, quiero decir, transcurrido un tiempo cualquiera, sino doscientos años justos. Y cuando hablo de años, lo mismo me daría llamarlos de cualquier otro modo: me refiero a traslaciones de la Tierra alrededor del sol. Es decir, que las naves han aparecido justamente doscientas traslaciones después de que fueron detectados los meteoritos. ¿Me comprende?

—Sí, pero… ¿qué puede significar? ¿Qué significado tiene para usted que hayan transcurrido doscientos años? ¿Qué proceso o fenómeno se produce cada doscientos años?

—No, no, no voy por ahí. No sé de nada que se produzca exactamente cada doscientos años. Pero sí me llama la atención que las *Papilio* Empire hayan llegado a la Tierra justamente doscientos años después que los meteoritos…, y si, efectivamente, esos meteoritos son las naves que han aparecido ahora, todavía me llama más la atención, porque podría significar que tanto las naves como las *Papilio* han respetado o efectuado… un ciclo vital.

—Lo que significaría —terminó Trevor, saliendo de su pasmo— que podría haber un entendimiento entre las Papilio Empire y los ocupantes de esas naves.

—¿Un entendimiento entre unas… polillas y unos seres capaces de producir, viajar y aguardar doscientos años en unas naves como esas? —exclamó Empire—. ¡Eso no es posible!

Los dos profesores de neomicrobiologia se quedaron mirando a la comandante Berkeley, que a su vez miró a uno y otro, movió la cabeza, y acto seguido suspiró.

—He dicho una tontería, ¿verdad? —sonrió.

—Siempre que se habla de lo que no se sabe se dicen tonterías —la disculpó Westminster—. Basándonos en esto es muy posible que sea yo quien está diciendo tonterías, pero… ¿qué perdemos intentando comprobar esa posible conexión entre las polillas y los seres de esas naves? Que por cierto, cabe preguntarse cómo son unos seres que, de ser cierta mi teoría, habrían permanecido doscientos años bajo los hielos de los casquetes polares. Cielo santo…, ¿qué clase de seres vivos e inteligentes pueden ser esos?

* * *

En una llanura cercana a una gran ciudad donde las luces se iban apagando descendió una de las naves rosadas.

Se posó suavemente sobre la capa de nieve que se iba formando sucesivamente sobre las anteriores que quedaban heladas. No tardando mucho el frío llegaría a unos extremos en que ya no caería nieve, sino hielo, sin paliativos.

Pero de momento todavía caía nieve; nieve blanda, blanca, normal en lo posible, si se exceptúa el tamaño de los copos, grandes como cabezas de ser humano, que se aplastaban por el peso y la consiguiente fuerza de caída, se desparramaban, y formaban la interminable alfombra blanca, que ahora, en aquel punto, adquiría un bello color rosado.

En este lugar, adonde no llegaba luz alguna, ni siquiera las de la relativamente cercana ciudad que iba agotando sus reservas energéticas cada vez más de prisa, se posó una de las naves, y, al poco, una compuerta se abrió cerca del suelo. Una compuerta oblonga horizontal, de la cual brotó un resplandor rosado pero que sugería un frío y una dureza insólitos. El resplandor se extendió como una capa de pintura suavísima sobre la nieve, iluminó los gigantescos copos, produjo hermosos reflejos en todas direcciones.

Durante unos minutos, eso fue todo. Seguía nevando en un silencio terrible, un silencio que hacía quizá millones de años que no existía en el planeta Tierra.

Luego, transcurridos esos pocos minutos, y siempre en aquel silencio de sepulcro helado, comenzaron a aparecer los seres. Unos seres que, descritos bajo los patrones de la Tierra, constaban de una gran cabeza esférica, que parecía de cristal tallado de color rosa, y en la cual, en cada una de las tallas o facetas había una pupila cuadrada de color azul. Así, cada cabeza parecía contener cientos de ojos que podían observar

todo cuanto sucedía alrededor de ella. Una cabeza cuyo tamaño era cinco veces el de una cabeza humana corriente. Y bajo esta «cabeza» de cristal tallado con cientos de ojos azules, unos filamentos, también rosados, y también de cristal como la cabeza; filamentos que no eran para caminar, sino para estabilizar la enorme esfera cristalina, que se desplazaba en el aire, flotaba con suave facilidad y naturalidad.

Esas grandes cabezas bajo las que ondeaban los filamentos se fueron desplazando por entre los gigantescos copos de nieve, alejándose de la nave, cuya compuerta se cerró, dejando a su alrededor aquel leve resplandor rosado que convertía la nieve en algo absolutamente insólito.

CAPÍTULO V

Pasar de la luz del sol a cruzar la enorme masa de ciento siete millas de grosor de *Papilio* Empire fue una deprimente experiencia, pero la decisión estaba tomada.

Tras los minutos de recorrido por entre trillones y trillones de polillas, la nave comandada por Empire Berkeley regresó a la oscuridad levemente agrisada por las tormentas que todavía seguían estallando bajo ellos, a diez mil kilómetros de distancia. De cuando en cuando un resplandor de color mezcla de morado y azul, como conseguido en la paleta de un pintor, parecía disolver brevísimamente la negrura.

—Pero al menos no hay tantas tormentas como antes —dijo Empire, que las contemplaba en una de las pantallas del laboratorio.

—¿Qué quieres decir? —la miró sorprendido Trevor.

—Pues que se diría que hay menos tormentas y menos intensas que antes.

—Ah, eso es lo malo —replicó el científico—. Cuantas menos tormentas haya, peor. Y te diré por qué: mientras siga lloviendo quiere decir que todavía, en alguna parte, queda agua líquida y que persiste en el planeta o a su alrededor un mínimo de calor para favorecer su evaporación, que forma parte del ciclo de las lluvias o de las nevadas o heladas. Pero en el momento en que dejemos de ver tormentas significará que ya no hay agua ni calor en grado alguno en la Tierra, que todo es hielo. Y entonces ya no habrá nada que hacer.

—¿No te deprime ser científico? —refunfuñó Empire.

—Algunas veces —admitió Trevor Washburn—. En cualquier caso, siempre tendremos el consuelo de presenciar tormentas secas.

—Pero lluvia no.

—Si no hay evaporación no habrá lluvia, sólo hielo, ya te lo he

dicho.

—Asombroso —dijo el profesor Westminster, que había estado mirando la pantalla microscopio.

—¿Le parece asombroso? —lo miró intrigado Trevor.

—¡Ya lo creo! —exclamó Westminster sin mirarlo.

—Pues puede que yo esté equivocado —refunfuñó el joven científico —, pero desde que empecé a ir a la escuela de chiquitín aprendí eso de las lluvias.

Westminster volvió la cabeza hacia él.

—¿Qué lluvias? —preguntó.

—¡Que si no hay evaporación no hay lluvias!

—¿Y a qué viene eso ahora? ¿A quién le importan las lluvias?

—Oiga —intervino Empire—, que usted ha dicho que…

—Calma, calma —alzó las manos Trevor Washburn—. Vamos a empezar de nuevo, porque conozco al maestro. Veamos, maestro, usted ha dicho que era asombroso, ¿no es cierto?

—Es cierto.

—¿Qué es lo asombroso? —preguntó sabiamente Trevor.

—Lo que hacen las polillas. Y si no estuvieras tan distraído mirando los encantos de la comandante ya te habrías dado cuenta de algo que en realidad salta a la vista… para quien mira, claro. Para quien mira y ve.

—A mí me parece estupendo contemplar los ojos de Empire, por decir algo —sonrió Trevor—, pero supongo que hay otras cosas que también valen la pena. Por ejemplo, las polillas. ¿De qué tenía que darme cuenta?

Westminster no contestó, y Washburn comprendió que no pensaba decírselo. Se acercó al receptáculo que contenía las *Papilio* Empire, y se quedó mirando su contenido. No tardó ni tres segundos en alzar las cejas con evidente sorpresa.

—¿Ha tomado usted más muestras? —preguntó.

—No —negó Westminster.

—Pues hay más que antes. ¿Se están reproduciendo?

—Así es.

—Bien… ¿Qué tiene eso de asombroso?

—Eso no es lo asombroso. Lo asombroso es que se devoran unas a otras a una velocidad de locura. Las polillas adultas producen mil larvas, de las cuales novecientas son inmediatamente devoradas. Las cien restantes, dentro de poco, se alimentarán de las que devoraron a

sus novecientas hermanas, que ya están viejas. De este modo, nunca hay cadáveres en parte alguna, y la población de polillas va creciendo continuamente.

—En la proporción de cien a una, menos las que son devoradas, al parecer —murmuró Trevor—. ¿Qué proporción final ha obtenido con los cálculos de la computadora nuclear?

—El promedio de aumento es de veinte a uno en cada generación, cuyo ciclo parece ser de cuatro a cinco días.

—Es decir, que dentro de cuatro o cinco días la esfera de *Papilio* Empire que rodea la Tierra será veinte veces mayor. Mejor dicho, estará compuesta de veinte veces más individuos, los cuales, cinco días más tarde, al multiplicarse a su vez por veinte… Bueno, dejémoslo, ¿no?

—Sí, más vale —asintió mohíno el profesor Westminster—. Algo ha pasado, muchacho. Esto significa, por supuesto, la hecatombe total, el final de seres vivientes en el planeta Tierra, que dentro de poco será una bola de hielo. Lo cual nos da una idea respecto a los seres que puedan haber en esas naves de color rosa.

—¿Seres que están habituados al hielo? Sí, evidentemente, si estaban en los polos en sus naves. Doscientos años en conserva me parecen muchos si no se está preparado para ello.

—¿Cómo pueden ser esos seres? —insistió en sus cábalas el profesor Westminster—. ¿Cómo pueden ser unos seres capaces de soportar durante doscientos años temperaturas de cientos de grados bajo cero? Pero además, si mi teoría es cierta y esas naves son los «meteoritos» que fueron detectados hace doscientos años… ¿significa que esos seres viven más de doscientos años…?

—Toma, en conserva cualquiera —bromeó Trevor.

—¿…O que se han estado reproduciendo en las naves? —terminó el viejo científico.

—Maldita sea —jadeó Trevor—. ¡Si hacen lo mismo que las polillas, estamos listos!

—Lo estamos de cualquier modo, a menos que encontremos el modo de alejar las polillas, de enviarlas bien lejos…, o de exterminarlas a todas. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Desde luego —asintió sombríamente Trevor—: si nos desembarazamos de las polillas esas naves volverán a los hielos, o quizá incluso abandonen el planeta. Pero si éste sigue helándose quizá incluso vayan apareciendo más y más naves, procedentes no sólo de los polos, sino de todos los lugares helados de la Tierra. O sea, que lo primero que

tenemos que conseguir es alejar o exterminar las polillas. Debemos concertar nuestras investigaciones en eso. Pero no sé por qué me parece que eso no va a ser nada fácil.

—Bueno —intervino Empire—, si son polillas tal vez sería suficiente con un poco de DDT.

—Muy graciosa —se irritó Trevor—. ¡Graciosísima, vamos! ¿Puedes hacerme un favor?

—Oh, sí, cariño —sonrió maliciosamente Empire—: ¡los que quieras!

—Con uno tengo suficiente: ve a cuidar de tu nave a fin de que lleguemos a destino en la Tierra, mientras nosotros trabajamos aquí. ¿De acuerdo?

—Antipático.

Trevor guiñó un ojo, Empire sonrió, y abandonó el laboratorio. Los dos científicos se quedaron mirando la caja de cristal, el transparente receptáculo dentro del cual las *Papilio* Empire seguirían reproduciéndose a razón de veinte por cada individuo en ciclos de cuatro o cinco días…, hasta que su cantidad fuese tal que podrían llegar a reventar el receptáculo.

—¿Cómo podríamos asesinar una de estas polillas? —susurró Trevor.

—Algún sistema encontraremos…

—¿El DDT? —esbozó una sonrisa sarcástica Trevor.

—No creo. Pero te diré una cosa: si tuviéramos DDT en la nave lo probaría. ¡Probaría cualquier cosa con tal de encontrar el medio de eliminar a nuestros pequeños visitantes!

Unas dos horas más tarde, la nave cruzó, a velocidad reducida, prácticamente de aterrizaje, la masa de nubes tormentosas. Fue como sumergirse en algodón gris y negro que transparentaba ocasionalmente las luces lívidas de los relámpagos. Fue una experiencia abrumadora para los terrestres que regresaban a su planeta, pero todavía fue peor cuando dejaron más escasas y divisaron la Tierra.

Estaban todos pendientes de la primera visión del planeta, y lo que vieron los dejó anonadados: una esfera blanco-azulada a través de copos de nieve de gran tamaño, pero ya muy espaciados unos de otros. Era un espectáculo jamás visto y jamás imaginado. No se veía en parte alguna el menor vestigio de vegetación, ni cualquier otro color que no fuese el blanco. Los mares estaban inmovilizados por la ligera capa de hielo que ya estaba en plena formación.

Empire Berkeley tragó saliva y susurró:

—Quizá no encontremos a nadie vivo ahí abajo…

* * *

La capitana Empire Berkeley estaba equivocada. Desconocía la gran resistencia del animal llamado Hombre, su poder de adaptación, su terquedad en vivir pese a las más adversas circunstancias.

En aquellos momentos se producía un tremendo y desigual choque entre dos fuerzas en una llanura del sur de Siberia: de una parte, las naves rosadas, que volaban majestuosamente y en silencio a unos cien metros de la superficie, y de otra parte, tropas y modernísimas fortalezas volantes circulares de las Fuerzas Armadas Soviéticas.

Los detectores de los ejércitos rusos habían localizado una gran cantidad de naves rosadas que habían aterrizado en aquella parte de Siberia, y, en el acto, habían enviado sus grandes fortalezas que habían construido en previsión a una inminente guerra contra los Estados Unidos. De las enormes fortalezas habían descendido al hielo carros de combate especiales y tropas uniformadas con trajes térmicos y armas de proyección nuclear. Todo este conjunto de material ofensivo se disponía a atacar a las naves rosadas posadas en el cielo cuando, a una, dichas naves se elevaron hasta la mencionada altura de cien metros, y acudieron en silencio al encuentro del material bélico ruso.

De uno de los carros de combate partió el primer rayo neutrónico, que alcanzó de lleno a una de las naves; la escena pareció un dibujo en el cual la nave foránea y el carro de combate terrestre estuvieran unidos por una perfectísima línea anaranjada. Pero nada sucedió; nada absolutamente. La nave alienígena siguió volando, mientras de ella, apenas un segundo después; partía un diminuto punto de luz rosada, que fue a impactar en el carro de combate soviético. El carro de combate se detuvo. Eso fue todo.

Para entonces se había desencadenado la desigual batalla. Desde todos los carros de combate lanzaban sus descargas neutrónicas contra las naves rosadas, que seguían volando con majestuosa lentitud mientras disparaban aquellos pequeños puntos lumínicos de tonalidad rosada. Cada impacto de esos puntos significaba la inmovilización total del blanco acertado. No se producía explosión, ni avería visible alguna: simplemente, el carro de combate se detenía y se quedaba como un juguete abandonado.

A pie firme, las tropas que se deslizaban sobre el hielo con raquetas de clavos comenzaron a disparar contra las naves, perdida por completo la serenidad. Su misión era localizar y exterminar a los ocupantes de las naves que abandonaran éstas, pero no pudieron permanecer inactivos,

perdieron el control al ver que los disparos de sus carros de combate no afectaban en lo más mínimo a las naves de hermosa luz rosada y que, en cambio, cada punto de luz que impactaba en un carro de combate era decisiva.

Las armas de mano de los soldados silbaban emitiendo sus proyecciones de descargas nuclearizadas, y muchas de éstas acertaron a las naves, con resultados tan nulos como los de las descargas de los cañones de los carros de combate.

Ahora, todos estos se hallaban detenidos, inactivos absolutamente, y sólo los soldados de a pie hacían frente a las naves, las cuales no replicaban al fuego. Se posaron sobre el hielo, y de sus vientres, por las oblongas aberturas, comenzaron a salir las esferas de cristal tallado con cientos de ojos azules, flotando por entre los enormes copos de nieve cada vez más helada que también contribuía al diezmo entre las tropas rusas.

Los soldados vieron estos seres flotantes de color rosa, como la nave, y fue suficiente para que el pánico se apoderara de ellos. Algunos soldados conservaron la suficiente serenidad y agresividad para disparar contra los seres flotantes pero no consiguieron resultado alguno. En cambio, desde las facetas talladas en las enormes cabezas partieron rayos de luz en todas direcciones, como ocurría con esas bolas giratorias hechas con cientos de cristales que reflejaban luces psicodélicas en discotecas. Eran unas descargas de luz no seleccionadas, simplemente toda una descarga en todas direcciones alrededor del ser alienígena, y que, a cada impacto en máquinas o soldados, provocaba la inmovilidad total. Cientos de soldados rusos quedaron como estatuas sobre el hielo de Siberia, mientras las fortalezas volantes huían, dejando material y hombres a su suerte.

Dentro de uno de los carros de combate, el comandante de éste, que había tenido la astucia de parar él mismo su vehículo, simulando estar en las mismas condiciones que los afectados por los disparos de las naves, contemplaba en la pantalla de visión circular el espectáculo entorno a su carro: cientos de rosados seres esféricos flotando sobre sus filamentos colgantes y lanzando alrededor sus rayos de luz rosada en grandes cantidades, formando en la oscuridad nevada miles de dibujos, un entramado interminable que proporcionaba una luz rosa que a los ocupantes del carro de combate les parecía siniestra.

Por fin, todo terminó.

Los seres esféricos regresaron a sus naves, y éstas volvieron a su

posición anterior, posándose sobre el hielo.

Eso fue todo.

El comandante del carro de combate intentó la comunicación radial con sus camaradas, sin obtener respuesta alguna. Desde una de las fortalezas volantes llegó, asimismo, el angustiado requerimiento de noticias. El comandante ruso informó que, al parecer, era el único superviviente, es decir, él y sus tres tripulantes. Recibió la orden de asegurarse como fuese de las condiciones en que habían quedado los soldados de a pie y los ocupantes de los carros, y, tras asegurarse de que en las cercanías no quedaba ni rastro de las naves rosas ni de sus ocupantes, el comandante y dos de sus hombres salieron del carro de combate, provistos de sus equipos especiales siberianos, que eran ahora como livianas camisetas en cuanto a protección contra un frío que era sencillamente insoportable.

Tan insoportable que el comandante ruso y sus dos hombres quedaron congelados apenas quince segundos después de haber abandonado su vehículo. Dentro de éste, el único superviviente, aterrado, lo puso en marcha, y emprendió el regreso adonde el carro de combate pudiera ser recogido por una de las gigantescas fortalezas volantes.

* * *

A miles de kilómetros de allí, en territorio de los Estados Unidos de América, cientos de seres esféricos llegaron, flotando, a una pequeña localidad cuyas luces estaban completamente apagadas. La poca energía que quedaba estaba siendo aprovechada por los habitantes del pueblo como calefacción, desdeñando cualquier forma de iluminación.

Pero, con la llegada de los seres esféricos rosados, se produjo una intensa iluminación rosada que llegó a todas partes. Por ventanas y puertas, por cualquier rendija, la luz rosada entró en las casas, en todas partes. Y así, los habitantes de Randtown, escondidos y comenzando ya a sentir las torturas de un frío mortal, pudieron ver a los seres flotantes, esferas de intensa luz rosada que llegaba a todas partes.

En una buhardilla sobre cuyo techo había ya tanta nieve helada que lo hundiría de un momento a otro, un hombre de unos treinta años utilizaba su equipo de radioaficionado para enviar información de lo que estaba viendo a través de un cristal que el frío parecía arrugar:

—Son… cosas redondas, de unos dos pies y medio de diámetro, y tienen manchas azules sobre fondo rosa… Parecen ojos —el hombre

tartamudeaba, se oía el entrechocar de sus mandíbulas—. Van flotando, pero parecen tener piernas… No sé, son… como cordones que cuelgan de las cosas redondas…

La ventana a través de la cual estaba mirando el radioaficionado reventó silenciosamente, y con el tremendo frío del exterior entró una de las esferas rosadas, cuyos ojos convergieron todos, de un modo puramente aterrador, en el hombre, que exclamó:

—¡Ha entrado uno donde estoy yo! ¡Es un ser gélido que… que… el frío…, muero de fr…!

El hombre quedó congelado, a medio ponerse en pie, vuelta la cabeza hacia la ventana, frente a la cual seguía flotando el ser esférico, esparciendo su luz rosada por toda la buhardilla.

En la radio del hombre se oía una voz apremiante, exigente:

—¡Adelante, QR 987 especial, adelante! ¡Lo escuchamos! Cambio.

La voz continuó insistiendo unos minutos, pero el sujeto nominado especialmente como QR 987 para aquella emergencia no habría podido contestar de ninguna manera. Su muerte por congelación era definitiva.

Y mientras tanto seguía oyéndose la voz que apremiaba a QR 987 en la buhardilla, en el pueblo resonaron algunos gritos de pavor que ni siquiera llegaron a terminarse, pues se interrumpieron con la brusquedad de la congelación. Los seres esféricos iban entrando en todas las casas por ventanas y por cualquier otro sitio susceptible de ser fácilmente arrasado por sus cuerpos, o cabezas, o lo que fuese.

En menos de un minuto Randtown quedó convertido en un… museo de figuras de hielo.

* * *

Había hielo por todas partes cuando la nave comandada por la capitana Empire Berkely se posó finalmente en la plataforma de recepción, consumiendo una enorme cantidad de combustible debido a las repetidas maniobras de estabilización que fue necesario realizar hasta dar por seguro que la nave permanecería en la posición de seguridad requerida.

Conseguido esto, todo fueron suspiros de alivio a bordo… Suspiros que cesaron cuando Mike Cordell conectó la visión exterior en todas las pantallas de la nave, es decir, que tanto en la sala de mandos como en las demás dependencias las imágenes fueron las mismas: hielo por todas partes, que relucía en destellos morados bajo la luz de los cada vez más

escasos relámpagos que desgarraban el oscurecido cielo.

—Esto es como una pesadilla —murmuró Trevor Washburn.

Leonard Westminster miraba las pantallas en silencio, quietos sus empequeñecidos ojos de miope. Estuvo tanto rato callado que pareció que esa fuera su intención para siempre. Pero, de pronto, dijo:

—Me pregunto qué habrá sido de Peggy.

—Pero… ¿hablaba usted en serio? ¿Ella y usted…?

—Sí.

—Bueno, creo que será mejor que empiece a olvidarla.

Los dos estaban silenciosos e inmóviles, contemplando las desoladas imágenes en las pantallas cuando Empire entró en el laboratorio.

—Me acaban de comunicar que envían un vehículo térmico para recogernos. Se nos proporcionarán unos equipos adecuados para conservar la temperatura natural del cuerpo, mientras duren las pilas atómicas incorporadas…

—¿Y cuándo se agoten las pilas…? —preguntó Trevor.

—Si disponemos de otras de recambio, nada —replicó Empire.

Se miraron unos a otros en silencio. Por fin, Westminster se puso en pie.

—¿Qué le han dicho respecto al laboratorio especial que he solicitado? —preguntó.

—Está todo preparado para que ustedes trabajen en él. Los llevarán allá en el vehículo térmico. Apenas queda energía para calefacción. Todo está congelándose. Se estima que han muerto ya mil millones de personas en todo el planeta. Antes de veinticuatro horas habrán muerto otros mil millones. Y si dentro de setenta y dos horas no se comienza a remontar la temperatura no quedará nadie con vida tan sólo otras doce horas después. Ni personas, ni animales, ni plantas. Nada. Es decir, que los seres gélidos habrán conseguido su objetivo de adueñarse de la Tierra.

—¿Quienes? —exclamó Trevor—. ¿Los seres qué?

—Los seres gélidos. Pronto nos lo explicarán.

CAPÍTULO VI

—Las imágenes fueron conseguidas por una de esas modernas plataformas soviéticas para transporte rápido de material convencional bélico. Son increíbles en todos los órdenes, y, como ustedes comprenderán, si los rusos nos las han facilitado es porque están asustados y piensan que de esta situación no nos libramos si no nos unimos a todo trance. Y aun así ya veremos… Pero ya basta de charla. Vean.

El general Dash hizo una seña a su acompañante, que accionó el mando del visor portátil que contenía el cartucho informativo soviético. En la pequeña pantalla del visor aparecieron las naves rosadas, y luego aparecieron sus ocupantes flotantes. Pudieron observar la breve batalla que parecía un juego para las naves alienígenas, la congelación de material y hombres…

—Tenemos más noticias, ahora propias, de esos seres —señaló el general Dash la pantalla—. Un radioaficionado que estaba colaborando con el Ejército los definió como seres gélidos, así que ya los llamamos, en todo el mundo, los gélidos. No sólo es evidente que soportan las bajas temperaturas, sino que, al parecer, ellos mismos las generan. Son… o parecen de cristal. Si desean ver las imágenes ampliadas podemos traer otra pantalla.

—No hace falta —movió la cabeza Westminster—. Lo que se puede ver en estas imágenes ya lo vemos. Lo que quizá sería interesante es ver directamente a esos gélidos.

—Es muy probable que pronto lo consiga: según nuestras deducciones están extendiendo sus naves en todas partes, equidistantes unas de otras, y los gélidos están saliendo dispuestos a distribuirse prácticamente por todo el planeta. ¡Maldita sea mi estampa, doscientos años con esas cosas bajo nuestros pies y nosotros sin enterarnos…!

—Todavía no se ha confirmado mi teoría, general —dijo Westminster.

—¿Qué otra cosa puede ser? No sé si ustedes se dan cuenta de lo que está sucediendo: hemos sido invadidos por unos seres gélidos que dentro de cuatro días serán dueños de un planeta helado. ¡Y de nosotros no quedarán ni los huesos!

—Se equivoca —puntualizó Trevor—. Quedará todo, y muy bien conservado, además.

—¡No estoy para bromas, profesor Washburn! —aulló el militar.

—Pues es lo único que nos queda para no suicidarnos en masa: el sentido del humor. Peor es mi caso que el suyo: me paso treinta años estudiando y cuando descubro lo bien que se pasa haciendo el amor me quedan cuatro o cinco días de vida.

El general Dash miró a Trevor con expresión de loco enfurecido. De pronto, se relajó, y movió su gris cabeza, en la que los cortos cabellos parecían púas de acero.

—Está bien, de acuerdo —murmuró—. Podemos dedicar unos cuantos segundos a contarnos chistes, pero dígame qué haremos luego.

—Necesitaré una nave y personal para ella —asintió Trevor—. Si el profesor Westminster tiene razón podría haber alguna relación entre las polillas y los gélidos, y para saber eso no tenemos más remedio que conseguir algún ejemplar de gélido.

—¿Está loco? —rezongó Dash.

—Las polillas ya las tenemos —sonrió beatíficamente Trevor.

—¡Usted no sabe lo que dice! Mire, profesor, esos seres son inatrapables, a ver si lo entiende… Sus naves ni siquiera acusan los impactos de ataque, y tampoco parece que sean vulnerables sus ocupantes. ¿No ha visto esas imágenes? —señaló el pequeño visor—. Al ser agredidos replican con cientos de rayos que salen por todas partes de su maldita cabeza o lo que sea…, y que lo congelan todo. ¡Si usted estuviera ante un gélido quedaría congelado!

—¿Aunque llevara puesto el traje térmico a pilas atómicas?

—Bueno… Eso no sé… Claro, depende de la baja temperatura que provoque el gélido…

—¿Cómo podríamos saber qué tan baja es esa temperatura? —preguntó cándidamente Trevor.

—Pues consiguiendo acercarnos a un… ¡No! ¡Nos congelaría a todos cuantos estuviéramos con él!

—¿Qué más da, hombre? —encogió los hombros Trevor—. O nos

congelamos con uno solo de esos seres o nos congelamos todos dentro de cinco días… ¿Qué coño importa una cosa u otra? Se lo explicaré otra vez, y muy resumido: hace doscientos años llegaron las naves, y se instalaron bajo los hielos de los polos; ahora llegan las polillas, provocan un estado de glaciación en la Tierra, y esos seres salen a la superficie y nosotros estamos muriendo a cientos de millones. O descubrimos qué relación hay entre unos y otros, único medio presumible de resolver la situación, o más vale que nos peguemos un tiro y terminemos de una vez. ¿Lo entiende?

El general Dash soltó una maldición, y, en lugar de replicarle a Trevor que ya lo había entendido y muy bien desde el principio, se puso a dar zancadas de un lado a otro del laboratorio subterráneo donde habían sido instalados los profesores Westminster y Washburn con sus especímenes de polillas a una temperatura soportable y que mantendrían a toda costa mientras los dos científicos seguían estudiando a las *Papilio* Empire.

—No cavile tanto, general —dijo Westminster—: lo que dice Trevor es lo único que puede hacerse en estas circunstancias. Sería absurdo que los dos nos dedicáramos a las polillas.

—Está bien —se detuvo Dash—, pero es un riesgo muy grande, y quiero que los dos lo entiendan. Es más, tengo la certeza de que le será imposible conseguir un ejemplar de gélido.

—Algún medio habrá de acercarse a ellos —dijo Trevor—. Eso, dejando aparte que quizá los gélidos hayan utilizado la violencia porque así fueron tratados. Cabe la posibilidad de que si en lugar de buscarlos con intenciones agresivas lo hago en plan amistoso acepten conversar conmigo.

—¡Conversar con usted! —bufó el general—. ¡No me diga que espera poder hablar con esas cosas!

—En inglés, no —sonrió el joven científico—. Pero hay muchas maneras de que puedan comunicarse especies diferentes. Por ejemplo, si en esos seres cabezones hay inteligencia, ¡y tiene que haberla!, no tengo la menor duda de que la comunicación por medio de ideas será relativamente fácil.

—¿Telepatía?

—Algo así. Mi idea consiste en la superación de la telepatía, ya que implica un intercambio completo de ideas digamos… razonadas.

—Ya —Dash no pudo ocultar cierto tono sarcástico—. Mire, profesor Washburn, lo de la telepatía ni siquiera ha podido ser perfeccionado

entre nosotros como práctica común, así que con seres de otro mundo, y que además están hechos de hielo…

—Entre nosotros no funciona la telepatía porque el cerebro humano va adquiriendo conocimientos externos a él, y olvidándose de sus propias facultades y poderes normales. Todo lo está basando en saber cosas de fuera de sí mismo, y es así como se va deteriorando. Cada vez sabemos más cosas técnicas y menos cosas personales. Pero este no es exactamente mi caso, general: profundizando en la microbiología yo he iniciado el camino de vuelta, por decirlo de algún modo, y me estoy dando cuenta hace tiempo de que el ser humano, en conjunto, es sencillamente extraordinario.

—En resumen, que usted se considera capaz de comunicarse con los gélidos.

—Sí.

—De acuerdo, allá usted. En realidad, ¿qué vamos a perder? A usted, evidentemente, lo mismo le da morir ahora que dentro de cuatro días convertido en un carámbano. En cuanto a los demás, tenemos que poner nuestras esperanzas en algo y me pregunto por qué no depositarlas en un científico.

—En dos —señaló Trevor a Westminster con la barbilla—. En dos, general.

—Sí, sí. Le procuraré una nave…

—Que no sea bélica. Y a ser posible que esté al mando de la capitana Berkeley.

—Le ha cogido usted gusto al asunto, ¿eh?

—Mucho —sonrió Trevor—. ¿Por qué habría de negarlo?

Dash movió la cabeza como maravillado, y se dirigió hacia la salida, preguntando:

—¿Necesitan alguna cosa más?

—Si —alzó una mano Westminster—: yo necesito DDT.

—¿Qué?

—Insecticida. Lo mismo me da que sea el viejo *Dicloro Difenil Tricloroetano* que cualquiera de los modernos. Y no hace falta que me envíe barriles, general. Para lo que se trata bastará una pequeña muestra, digamos como una petaca de whisky.

—Le enviaré esa cantidad de todos los que pueda conseguir. Hasta luego. Esté preparado para la partida, profesor Washburn.

—*Omnia mecum porto* —dijo Trevor.

—¿Qué dice? —gruñó Dash.

—Que lo tengo todo conmigo, que todo lo que tengo traigo… Estoy listo para viajar en cualquier momento. Ni siquiera pienso llevarme cepillo para los dientes.

—Siga usted así de gracioso —farfulló el militar—: ¡a lo mejor les hace gracia a los gélidos!

El general Dash abandonó el laboratorio, dejando solos a los dos científicos. Westminster fue a sentarse frente al recipiente cristalino cada vez más lleno de *Papilio* Empire. Trevor se colocó junto a él, de pie, y ambos estuvieron unos segundos en silencio.

Por fin, Trevor murmuró:

—Mal tiene que ver usted el asunto para haber descendido a pedir el DDT, maestro. Da la impresión de que se aferra a un intento desesperado.

—Así es —murmuró Westminster—. Con un agravante, además, y es que aunque el DDT o cualquier otro producto parecido exterminase a las *Papilio* Empire, no podríamos utilizarlo, pues haría falta tal cantidad que, suponiendo que dispongamos de ella en la Tierra o pudiéramos fabricarla a toda prisa y disponer de ella, seguramente nos envenenaríamos nosotros antes de acabar con las polillas que rodean el planeta. Eso, ahora, Trevor: cuando se produzca el próximo natalicio de *Papilio* ya no habrá nada que hacer.

—No desespere. A lo mejor el DDT emborracha a las polillas, y deciden marcharse a otra parte.

Leonard Westminster sonrió, volvió a mirar el receptáculo de cristal, y suspiró profundamente.

—Ten cuidado con los gélidos —susurró—. Inteligencia tienen de sobra, eso es evidente. Pero también es evidente que no tienen compasión alguna: simplemente, ellos han venido para quedarse, Trevor, así que… dudo mucho que puedas entenderte en plan amistoso con ellos.

—No parece tener usted muchas dudas sobre ellos —refunfuñó Trevor.

—Muchas. Y una de ellas es: ¿por qué han estado esperando bajo los hielos durante doscientos años?

—¿Quiere que se lo pregunte de su parte?

—¿Por qué no? —volvió a sonreír Westminster—. A fin de cuentas mi vocación es la de científico, y no importa que tenga que morir pronto: siempre estaré queriendo saber de qué va la Vida… y la Muerte.

Apenas una hora más tarde entró en el refugio la capitana Empire

Berkeley, equipada ya con el traje térmico a pilas atómicas, pero sin casco, lo que Trevor aprovechó para besarla en la boca. Tras corresponderle apasionadamente, hasta el extremo de que al científico se le pusieron los pelos de punta, Empire se acercó a Westminster.

—¿Cómo va eso, profesor? Tengo entendido que ha pedido usted DDT.

—Lo he pedido y ya lo tengo aquí —Westminster señaló una hilera de pequeños frascos colocados ante él—. Empezaré a hacer las pruebas en cuanto me dejen solo en el laboratorio.

—¿Qué clase de pruebas?

—Voy a permitir que algunos cientos de polillas salgan del receptáculo y se den una vuelta por aquí, y cuando estén más confiadas, ¡zas!, les largo el insecticida. ¡Y a ver qué pasa!

—No creo que haga eso —parpadeó Empire.

—Claro que no —masculló Westminster—. Todas estas pruebas se realizan en probetas adecuadas. ¿Puedo hacer algo por usted, comandante?

—De momento, no —sonrió Empire.

—Entonces, olvidémonos mutuamente.

Y Westminster regresó a sus cavilaciones y puesta en marcha de experimentos. Riendo, Empire ayudó a Trevor a colocarse el equipo térmico, y luego se ajustaron uno al otro los cascos y probaron el funcionamiento del sistema de comunicaciones radial, que funcionaba a la perfección.

Desde el laboratorio, un vehículo térmico transportó a Empire y Trevor de nuevo a la zona de lanzamiento, donde estaba dispuesta una nave mucho más pequeña que la que habían utilizado para el viaje anterior. Dentro de la nave, dos voluntarios ayudantes de Empire, que agitaron sus manos en saludo al ver a Trevor. Uno de ellos era Mike Cordell, navegante; el otro, Sheldon Farlan, de mantenimiento.

Sin ningún problema, la pequeña nave partió hacia el lugar más próximo de los Estados Unidos donde habíase instalado una pequeña formación de naves rosadas que, según noticias, no sobrepasaba la docena.

—Nada más vernos nos congelarán —dijo Cordell.

—Pues mala suerte —encogió los hombros Trevor—. Pero tenemos que intentarlo, Mike.

—No, si por mí no hay cuidado; lo mismo me da palmarla ahora que dentro de unos días. Lo digo por usted, que quizá con unos días más

junto al profesor Westminster pudiera obtener más provecho de su vida que yendo a ver esas esferas de cristal con barbas. ¿Se ha dado cuenta? ¡Tienen más de cien ojos! Ahora bien, si usted me dice que dentro de esas «cabezas» hay un cerebro, le preguntaré: ¿qué clase de cerebro puede haber en un ser de cristal o de hielo?

—Dentro de esas cabezas *tiene* que haber un cerebro —dijo Trevor.

—¿Qué clase de cerebro puede haber en un ser de cristal o de hielo? —preguntó Cordell, siguiendo la broma.

—Si usted supone que todo cuanto existe en el universo tiene que estar hecho conforme a los patrones de la Tierra, no sé qué contestarle. Pero si está dispuesto a admitir que la vida en la Tierra es sólo una de los millones de manifestaciones de Vida que puede haber en el universo, entonces…

—Entonces… ¿qué?

—Entonces no necesita respuesta por mi parte: dentro de esas cabezas puede haber un cerebro de cualquier cosa y funcionando de cualquiera de las miles de maneras que se le ocurran.

—A mí sólo se me ocurre una manera de funcionar un solo cerebro: el nuestro.

—Pues no hay para estar muy orgulloso —replicó Trevor.

—Nos vamos —dijo Empire, que había ocupado su puesto de mando —. Estaremos allá en menos de veinte minutos.

La veloz aeronave despegó. Dieciocho minutos más tarde, en las pantallas de visión electrónica aparecía el resplandor rosado de las naves alienígenas. En aquella zona había dejado de nevar, y no había tormentas. Habían estado viajando en oscuridad total, sin divisar tan siquiera una sola ciudad iluminada. Simplemente, todo cuanto detectaban los sensores de la nave era nieve. Pero esto ya no era noticia: hacía muchas horas que todo el continente americano, desde Alaska a Tierra del Fuego era blanco. Y lo mismo los demás continentes…

—Muy bien —miró seriamente Empire a Trevor—, tú dirás qué hacemos.

—Aterrizad cerca de las naves.

Empire estuvo unos segundos mirándolo. De pronto sonrió, le guiñó maliciosamente un ojo, y dijo:

—Fue agradable mientras duró, ¿no es cierto? Me refiero a nuestra relación sexual. ¿Y sabes lo más sorprendente, Trevor?

—¿Qué es lo más sorprendente?

—Que me he enamorado de ti. ¿No es chocante?

—¿Por qué te parece chocante? —se mosqueó el científico.

—Bueno… No eres precisamente un guapo atleta, ¿sabes? No sé cómo te las has arreglado, pero si salimos de esta no te desprenderás de mí fácilmente.

—Promesas, sólo promesas.

—Estamos en tierra —dijo Mike Cordell.

Señaló las pantallas de televisión, en las que se veían ahora perfectamente las naves de los gélidos, aureoladas de aquella hermosa luz rosada. Era como un extraordinario amanecer de luz inmóvil, petrificada. No había más de docena y media de naves, en aquel lugar.

—¿Cuántas naves tienen en total? —preguntó Trevor.

—Se habla de unas cuatrocientas.

—Cuatrocientas… Si el profesor Westminster tiene razón, hemos tenido en nuestros frigoríficos naturales del planeta a esos seres durante doscientos años. Bien, vamos a ver qué pasa. No es necesario que ustedes salgan de la nave.

—Yo voy contigo —dijo Empire—. Y sin discusiones, Trevor.

Tres segundos más tarde ambos se deslizaban por la breve rampa de la nave hasta la nieve. La rampa se cerró, actitud que resultó no poco infantil por parte de Cordell y Farlan. Afuera, el silencio era sencillamente horroroso. Trevor pensó que parecía que se hallaban en otro planeta, no en la Tierra.

Y entonces le llegó la idea:

«Ya no es la Tierra. Ahora es Kookkv. Y será para siempre Kookkv.»

Empire se tomó del brazo de Trevor, y este comprendió que la capitana también había recibido la comunicación.

«Soy un científico terrestre nominado Trevor Washburn —envió su mensaje éste—. Deseo parlamentar con ustedes. ¿Comprenden mis conceptos, captan mis ideas?»

«Antes de que las concretes ya son nuestras —recibió la inquietante información—. En cuanto a nuestros cerebros tú dirías que son de cuarzo. No deseamos contacto alguno con vosotros.»

«Me pregunto si os estáis dando cuenta de que estáis exterminando cientos de millones de vidas.»

«Son vidas que no nos importan. Pronto, Kookkv se encontrará limpio absolutamente de vuestra especie inferior.»

«Disponemos de medios para exterminar toda la masa de vida que

rodea nuestro planeta, y si tal cosa hacemos el sol volverá a ser visible, y en tal caso tendréis que volver a los hielos de los polos. Sólo que ahora ya sabríamos que estaríais ahí, y buscaríamos el modo de exterminaros también… Pero no he venido a amenazaros, sino a parlamentar: tal vez podríamos convivir ambas fórmulas de vida en este planeta.»

La respuesta se demoró unos segundos. Y llegó en forma de interrogante:

«¿De qué medios disponéis para exterminar a los vkkook?»

«Medios que vosotros no comprenderíais, pues son demasiado… rudos. Pero los tenemos. Un compañero mío está estudiando ahora el modo de aplicarlos rápida y eficazmente. Pero insisto en que no queremos matar: sólo queremos vivir…, y dejar vivir. Debemos estudiar el modo de llegar a un acuerdo entre todos.»

De nuevo quedaron desconectados de los gélidos. Y esta vez por no menos de dos minutos. De repente, un resplandor más intenso apareció en la base de la nave más cercana, y vieron allí que la compuerta oblonga estaba abierta.

En seguida, flotando en esa luz, aparecieron seis gélidos, que se acercaron a ellos, destellando sus azules ojos con resplandor rosado. En aquel paisaje fantasmal Trevor y Empire no pudieron por menos de pensar que aquello parecía más una pesadilla de fantasía que una realidad.

Los gélidos llegaron en silencio absoluto ante ellos, y sus centenares de ojos examinaron a los seres terrestres sin expresión alguna. Era como estar sometidos al escrutinio de unas cámaras de televisión.

«Tenemos la certeza de que vuestras intenciones no son malas —les llegó la comunicación—. Así pues, venid con nosotros. Conoceréis mejor nuestras naves y posibilidades.»

«Estamos dispuestos a conoceros bien, y a permitir que vosotros nos conozcáis a nosotros. Si hemos de convivir en la Tierra será conveniente para ambos que haya un buen entendimiento, fruto del conocimiento.»

«Venid.»

CAPÍTULO VII

Las esferas de rutilante luz rosada emprendieron el regreso a la entrada de la nave, y Trevor y Empire caminaron en su pos. No había pasillo o pasarela alguna para abordar la nave, lo cual era lógico en seres que levitaban con toda naturalidad, así que tuvieron que encaramarse, ayudándose uno al otro.

La superficie metálica era tan fría que llegaron a sentirla a través del especialísimo traje térmico a pilas atómicas, pese al cual Trevor no pudo por menos de pensar que no serviría de nada en cuanto los gélidos así lo decidieran. Si congelaban carros de combate… ¿cómo no habían de penetrar en simples trajes térmicos con su temible frialdad…?

«No temas —le llegó el contacto mental—, nada te ocurrirá si tus intenciones son pacíficas.»

«Quisiera saber si realmente sois insensibles a la muerte de los seres de la Tierra.»

«Para nosotros esa manifestación de vida no tiene el menor significado. No por crueldad, sino porque no la consideramos vida como la nuestra. Lo mismo habríais hecho vosotros, sin duda, si hubierais tenido que emigrar de la Tierra y trasladaros a Kookkv: habríais intentado hacer prevalecer vuestro patrón de vida, habríais antepuesto vuestra supervivencia a la supervivencia de cualquier otro concepto de vida.

Nosotros sólo podemos sobrevivir en lo que vosotros llamáis frío. Así pues, la Tierra tiene que ser fría.»

«Entonces moriremos todos los terrestres.»

Hubo otra pausa.

Luego:

«Hemos estado esperando el momento de nuestra eclosión, y eso ha

significado para vosotros un tiempo suplementario de vida. Pero ya no parece posible la convivencia, puesto que todos los gérmenes enviados en las naves hemos fructificado. Quedan tan pocos que ya no pudimos esperar más. Entonces, vinieron los vkkook.»

«¿Los vkkook son lo que nosotros llamamos polillas o *Papilio* Empire?»

«Así es.»

«¿Debo entender que os comunicáis con esos seres?»

«Así es.»

«Eso es imposible: su cerebro tiene que ser muchísimo inferior al nuestro»

«El cerebro de los vkkook es muy superior al vuestro…, pero diferente. Cada vkkook no tiene propiamente un cerebro individual, sino una célula correspondiente al impulso mental global que rige sus vidas y acciones. Y ese impulso mental global equivale, en cuanto a inteligencia conjunta, a cien veces la de vuestro cerebro más superior. Y la dinámica de esa mente global se mantiene precisamente al ser ingerida y transferida continuamente en las distintas generaciones.»

«Entonces, el impulso mental global de las *Papilio* Empire es cada vez mayor, con lo que podría darse el caso de que llegara a ser superior incluso a vuestro propio impulso mental»

«Nunca… ¡Nunca! Eso es imposible absolutamente.»

«¿Por qué?»

«Nunca los vkkook podrán superar a los kookkv. Es IMPOSIBLE, por mucho que evolucionen. Completamente imposible.»

«Decidme por qué.»

«Pertenecen a otro nivel de vida.»

«¿Siempre inferior al vuestro?»

«Siempre, en efecto. SIEMPRE»

«Pero están relacionados con vosotros, ¿no es así?»

«Sí, lo están.»

«¿En qué modo?»

De nuevo hubo una pausa. Y mientras esperaban, Empire y Trevor miraban alrededor.

No había nada que mirar, salvo láminas de frío metal que emitía aquella iluminación rosada que parecía congelada. Era como hallarse en el interior de un cubo cerrado completamente por las seis caras, y dentro del cual sólo estuvieran ellos y los seis gélidos, cuya flotación les

producía la impresión de que se trataba de un truco cinematográfico…

«Los vkkook viajan por el espacio, a la espera de nuestra fructificación, y cuando reciben nuestra llamada acuden. Y nuestra llamada sólo se produce cuando estamos preparados para salir de las naves nodriza… Hace tiempo, esas naves fueron enviadas desde Kookkv a todos los puntos del universo.»

«¿Kookkv es un planeta?»

«Kookkv era una masa helada de gas ubicada tan lejos de esta galaxia que fue necesario mucho tiempo para alejarse del lugar. Pero tuvimos que hacerlo, porque sabíamos (lo sabían nuestros antepasados) que una estrella en combustión se acercaba a Kookkv, y al producirse el contacto estallaría, como así fue. Pero para entonces nuestros antepasados habían dispuesto estas naves llenas de gérmenes, que enviaron a todos los confines del universo en busca de otro lugar donde pudiera asentarse de nuevo la vida de los kookkv. Esto sucedió hace muchísimo tiempo, pero finalmente, nuestro grupo llegó a la tierra, y se instaló a la espera de la llegada de los vkkook y a que, mientras tanto, los gérmenes en las naves fructificaran.»

«¿Cuánto tiempo hace que llegasteis a la Tierra, a los polos? ¿Doscientos años?»

«Hemos pasado doscientas veces por el mismo lugar del universo desde el cual hicimos la primera llamada mental a los vkkook. A partir de esa primera llamada los vkkook sabían el tiempo que necesitaríamos para terminar la germinación. Entonces vinieron.»

«De modo que en efecto fuisteis vosotros los… meteoritos de mil setecientos noventa y cuatro…»

Tras una breve pausa, sin duda destinada a cálculos relacionados con las mediciones terrestres del tiempo, llegó la respuesta:

«Sí, llegamos en ese tiempo, y nos cobijamos en el único sitio por entonces habitable de la Tierra para nosotros. Ahora ya están aquí los vkkook, ahora ya podemos salir de las naves y extendernos por todo el planeta. Lo haremos cuando todos hayan fructificado, absolutamente todos. Eso será muy pronto.»

«Yo he venido a rogaros que no nos exterminéis, y así será si el planeta se mantiene frío.»

«Si se calienta pereceremos todos los kookkv. Los vkkook no tienen esa preocupación, ellos pueden estar formando su propia residencia vital y mental en cualquier lugar del espacio, pero nosotros precisamos un punto donde residir, ya sea líquido, sólido o gaseoso. La Tierra, que

ahora es nuestro Kookkv, es perfecta.»

«La Tierra no está en el universo para ser sólo hielo.»

«¿Por qué no? Considerada la cuestión desde una perspectiva universal…, ¿por qué la Tierra ha de ser a vuestra medida y no la nuestra? ¿Por qué os atribuís más derecho a ella que nosotros?»

«Porque nosotros somos hijos de la Tierra, y vosotros no.»

«La Tierra está en el universo. El universo es de todas las criaturas que hay en el universo.»

«Entonces, veamos el modo de coexistir. ¿Por qué una manifestación de vida ha de exterminar a otra?»

De nuevo se produjo el silencio.

Y sin que hubiera respuesta a la última propuesta de Trevor, encima de ellos apareció, de repente, una abertura oblonga. Los seis gélidos ascendieron y desaparecieron por ella.

«Venid», autorizaron.

—No sé cómo —masculló Trevor, mirando a Empire—. Estos tipos se creen que volamos como ellos.

—No creo —rechazó Empire—. Nos tienen en muy bajo concepto.

—Pues no veo por qué. Simplemente, somos diferentes. Si ellos tienen cerebro de cuarzo y cuerpo del mismo material significa que quizá sus ciclos vitales sean de cien o doscientos mil años. ¿Y qué? Los doscientos mil años también pasan, se agotan, y ellos fenecerán. En cuanto a lo de su superior inteligencia, todo es relativo. Nosotros también tenemos naves, y sabemos destruir vidas y material.

—Pero no las vidas de ellos, no el material de ellos.

—Deben tener su punto vulnerable, como todo. Pero dejémonos de parloteo. Ayúdame a alcanzar esa abertura, y luego saltas hasta mi mano y te izaré.

—¿Crees tener la suficiente fuerza muscular para eso?

—No soy un atleta, pero tampoco soy un inválido, ¿sabes?

—Yo sí soy una atleta.

—Que te aproveche. Yo soy un atleta del cerebro. Venga, ayúdame.

Empire colocó las manos en forma de estribo, e impulsó a Trevor hacia arriba cuando éste apoyó en ellas un pie y se impulsó con el otro. Trevor escaló con mil peripecias la abertura, y luego tuvo las fuerzas necesarias para izar a Empire, la cual saltó hasta agarrarse a su mano, y, apenas llegó al nivel de la abertura la soltó y se las arregló sola.

La abertura oblonga se cerró.

Estaban en otro lugar que, para ellos, era idéntico al que acababan de abandonar, salvo que, en una de las paredes, la luz rosada era mucho más intensa.

«Ved nuestros gérmenes», recibieron el mensaje.

Se acercaron a la pared más luminosa, y vieron, al otro lado, multitud de diminutos huecos dentro de muy pocos de los cuales había lo que parecían brillantes…, y que a ojos vista se iban desarrollando, hasta que aparecían los filamentos colgantes; en ese momento, ya alcanzado el tamaño de los gélidos que conocían, aparecían los ojos en las mil facetas de cada nuevo gélido, que flotaba en seguida y ascendía, como un delicado globo, hacia la abertura que había más encima.

«¿Adónde van?», preguntó Trevor.

«Se incorporan a la vida. Todos están esperando el momento de salir de las naves, de reunirse con los que ya están eligiendo los lugares donde se establecerán diversas colonias. Encima de vosotros en espera del gran momento, hay miles de kookkv. Cuando todas las naves hayan terminado su gestación seremos más de cuatro millones.»

«Esa cantidad de seres podría muy bien instalarse en los polos, en los lugares donde vuestras naves han permanecido escondidas doscientos años. Debe haber allí frío suficiente para vosotros. Aunque vuestros amigos los vkkook se marchen a cualquier otro lugar del espacio, y la Tierra vuelva a ser como era, todos tendríamos sitio.»

«No nos lo pareció así durante nuestra espera.»

«Hay sitio para todos», insistió Trevor.

Tampoco ahora recibió respuesta. Al poco, aparecieron los seis gélidos (si es que eran los mismos, pues era imposible distinguir a uno de otro), y descendieron al nivel inferior de la nave, seguidos por Empire y Trevor ayudándose uno a otro.

Poco después, siempre siguiendo a los gélidos, salían de la nave, de cuya parte técnica no habían visto absolutamente nada. Era como haber estado dentro de un recipiente hermético de acero rosado donde solamente estuvieran ellos…, y aquellos diamantes que se convertían, ya en su fase final de germinación, en gélidos adultos.

«Nuestro contacto contigo es muy satisfactorio —recibió el contacto de nuevo Trevor—. Nos gustaría prolongarlo, porque admitimos la posibilidad de que ambas formas de vida pudieran coexistir.»

«Estoy seguro de que así sería.»

«Debemos manifestarte, sin embargo, nuestro desagrado hacia los seres como tú que hemos conocido hasta ahora. Sin duda sabes que

fuimos atacados pese a que nada agresivo intentamos nosotros.»

«Vuestro contacto fue con soldados, sin duda. Debéis entender que los terrestres estamos muy asustados, si es que comprendéis el concepto. Y el miedo nos torna agresivos.»

«¿Tú no tienes miedo?»

«Ya no. Pero lo tenía.»

«¿Hay más como tú?»

«Muchos más. En realidad, todos los seres del planeta Tierra dejarán de sentir miedo en cuanto se les convenza de que nada violento deben esperar por vuestra parte. De todos modos, ellos han comprendido que están muriendo y que la Tierra también morirá por culpa vuestra.»

«La Tierra no morirá: se convertirá…, se está convirtiendo ya en Kookkv.»

«Pero el proceso puede ser detenido, ¿no es cierto? Todo lo que tenéis que hacer es ordenar a los vkkook que se marchen, que permitan que de nuevo llegue a la Tierra la luz del sol.»

«Nos gustaría complacerte, pero… ¿cómo podemos saber que las intenciones de los demás terrestres son como las tuyas? ¿Cómo podemos saber que los demás terrestres aceptarían compartir el planeta con nosotros? Podrían decir que sí, y esperar el momento en que vuestro sistema agresivo fuese superior al nuestro para destruirnos, cosa que no podéis hacer ahora. Ahora es nuestro momento; más adelante quizá sería vuestro momento… de exterminarnos.»

«No lo haríamos.»

«Queremos conocer a otros como tú del mismo modo que te conocemos ahora a ti. Y también conocemos a tu compañero, pero no a los demás.»

«No es compañero, sino compañera. Es hembra. La parte complementaria a mí para la reproducción.»

De nuevo una larga pausa.

Y luego:

«¿Necesitáis dos seres para la procreación?»

«Por supuesto.»

«Nosotros no.»

«Entonces, no es por supuesto» —Trevor sonrió, aunque no estaba en absoluto seguro de que su mueca fuese adecuadamente interpretada.

Hubo otra pausa. Evidentemente, la comprensión de conceptos o modos de expresión mentales chocaban a veces a los gélidos, que, en

cambio, se habían adaptado en el acto a los sistemas pensatorios terrestres. Pero esto, Trevor lo sabía, no tenía por qué ser forzosamente índice de una superior inteligencia; podía ser índice de un mayor poder de adaptación, y nada más.

«Queremos conocer a otros como vosotros —llegó la insistencia—. Y a ese compañero tuyo que está estudiando el modo de exterminarnos. Deseamos saber si dispone ya de esos medios o si está dispuesto realmente a convivir con nosotros.»

«Tanto él como yo somos científicos. Os aseguro que nada nos complacerá más que establecer una relación pacífica que además será beneficiosa para ambas formas de vida. Cada una puede aprender de la otra.»

«Entonces iremos contigo.»

—Me da la impresión —se comunicó Empire con Trevor por el sistema radial del casco— que a mí no me hacen mucho caso.

—Me he convertido en el protagonista —encogió los hombros Trevor —. Pero no veo la dificultad en que lo seas tú. Simplemente, en lugar de cederme toda la iniciativa mental toma parte en los contactos.

—¿Y qué les digo?

—Diles que nos acompañen a nuestra nave y que los llevaremos junto al profesor Westminster, mi maestro. También puedes hacer ejercicios de comunicación mental intentando hacerles comprender que somos dos sexos diferentes y que así nos va estupendamente.

Empire Berkeley rio.

Y en seguida, ambos recibieron el choque de la onda mental de sorpresa por parte de los gélidos.

CAPÍTULO VIII

Pese a la insistencia por parte de Trevor de que el general Dash no interviniera en lo que ya los medios de difusión mundial que todavía funcionaban llamaban la «Paz Fría», lo cierto fue que cuando la nave de Empire tomó pista con una lentitud exasperante y que consumía combustible de un modo inquietante, el general Dash estaba allí al mando de dos docenas de los más modernos y sofisticados carros de combate norteamericanos, y quinientos *airmen*, los nuevos soldados de funcionamiento paralelo a los clásicos «marines», pero entrenados especialmente para lucha en el aire y en las condiciones más adversas de lugares continentales adonde no procedía enviar «marines».

Cuando los ocupantes de la nave salieron de ésta el general Dash acudió a su encuentro, demostrando, cuando menos, un valor digno de todo elogio. Frente a él, como escoltando a Empire y Trevor, los seis gélidos flotaban creando una luminosidad rosa que se expandía por la helada llanura donde en tiempos que parecían lejanísimos había habido plantas y árboles. Esta luz rosada era, precisamente, la única iluminación de toda la zona, y su matiz era tan dulce y bello que cabía dudar de que pudiera engendrar cualquier clase de mal.

—¡Entonces, nos mintieron! —exclamó el general, que por supuesto llevaba también su equipo térmico a pilas atómicas—. ¡Estos seres no lanzan rayos que congelan…!

—No los lanzan *ahora* —le cortó irritado Trevor—. Espero que su dura mollera pueda admitir la idea de que los lanzan cuando quieren, general. En cuanto a su despliegue de fuerzas, pierde el tiempo.

—Ya le advertí por radio que no le haría caso —gruñó Dash, señalando a su alrededor las moles de los carros de combate—. Y en cuanto a eso de que pierdo el tiempo ya se vería en caso necesario.

—Le voy a confiar un secreto —dijo irónicamente Trevor—: los

gélidos tienen un cerebro de cuarzo. ¿Y sabe de qué se alimenta ese cerebro, general?

—¿De qué?

—De energía. Cuanto más intensa, elevada y concentrada, mejor. No sé si entiende lo que estoy diciéndole.

—¿Quiere decir… que si les disparamos, ya sea con energía atómica o cualquier otra… lo que hacemos es… alimentarlos?

—Exactamente. Y lo mismo sucede con sus armas y naves: absorben la energía que se les «regala», y su consistencia y compacidad es cada vez mayor. De manera que entiéndalo de una vez: o nos los ganamos como amigos o peguémonos por fin ese tiro en la cabeza, porque no habrá nada más que hacer. De modo que tenga mucho cuidado con lo que hace.

—Dios… ¿Son indestructibles?

—Por los medios de que usted dispone, sí. Bien, vamos al laboratorio… ¡El profesor Westminster debe estar loco por conocerlos! Es decir… supongo que lo avisó usted de que íbamos para allá.

—Claro. ¡La madre que los parió…! ¿Cómo vamos a considerar que estas cosas… son seres vivos, seres con el mismo derecho a la vida que nosotros?

—Inteligente pregunta —gruñó Trevor—. Precisamente, ellos también se la están formulando…, sólo que al revés.

—¿Qué…? ¡Vaya caradura!

—General, créame: usted está en este asunto con la misma eficacia y propiedad con que estaría yo en una batalla. ¿Por qué no nos cede el terreno a los científicos de una vez?

—¿Por qué? Muy bien, se lo voy a decir: ¿dispone usted de algún medio para convencerme de una vez por todas de que estos seres no van a reaccionar mal en cualquier momento?

—No, no dispongo de ese medio.

—Entonces, mi joven amigo mago de las Ciencias, el general Dash no va a perderlos de vista. ¿Está claro?

Trevor soltó otro gruñido, y se encaminó al vehículo térmico donde ya le estaba esperando Empire, con el casco quitado. Cuando el vehículo se puso en marcha en dirección al lugar donde se hallaba emplazado el laboratorio subterráneo (muy cerca de allí), los gélidos, simplemente, flotaron por encima desplazándose a la misma lenta velocidad forzada por la nieve.

Y detrás, cerrando la marcha, los carros de combate, en uno de los

cuales viajaba el general Dash. Por último, sometidos al durísimo viaje que no era sino un entrenamiento más, los *airmen* con su equipo especial, siguiendo a pie la sorprendente comitiva.

* * *

Una vez más el profesor Westminster lanzó una exclamación de rabia al fallar en sus intentos.

Abstraído absolutamente, ajeno al mundo y la vida que pudiera haber a su alrededor, estaba concentrando toda su inteligencia, conocimientos e inspiración en hallar la fórmula que sirviera para privar de la vida a las *Papilio* Empire. Y ciertamente había llegado cuando menos a una conclusión al respecto de la cual no tenía la menor duda: no sería con el DDT con lo que exterminaría a las malditas polillas.

Maldiciéndolas de un modo pintoresco, ajeno completa mente al agotamiento físico que se estaba apoderando de él, Leonard Westminster decidió tomarse un breve descanso físico y gratificarse con una buena pipa.

No podía ser, no podía descansar. Y ello porque incluso en aquel momento de relax, tuvo otra idea. ¿Y el tabaco? ¿Podría el tabaco, la nicotina, exterminar a las malditas Papilio?

—No pierdo nada probando —dijo en voz alta.

Se acercó a una de las probetas herméticas, e insufló una bocanada de humo muy denso por el conducto de sucesivos cierres automáticos… Tenía no menos de veinticinco probetas con *Papilio* Empire, cada grupo de ellas sometido a pruebas diferentes, todas un fracaso por el momento.

Tan fracaso como lo del tabaco. ¿Es que no había nada que pudiera matar a las polillas extraterrestres? Al parecer sólo morían, lógicamente (si es que había alguna lógica en alguna parte de aquel asunto), cuando eran devoradas. Por lo demás, no parecía existir medio alguno de privarles de la vida.

—Desde luego se lo tienen bien montado —torció el gesto el viejo científico—. Allá donde van se llevan su propio subsistencia. ¡Malditas sean, venga comer y reproducir, comer y reproducirse, comer y rep…!

Fue entonces cuando el avisador interior del laboratorio informó a Westminster de que tenía visita. En seguida, se oyó la voz del general Dash:

—Profesor, aquí estamos… con una sorpresa para usted.

Leonard Westminster tardó un par de segundos en pasar de su mundo de polillas foráneas a la otra realidad.

—¿Viene Trevor con usted? —exclamó—. ¿Han conseguido atrapar a un gélido?

—No exactamente —explicó Dash—. Su amigo y discípulo se ha hecho amigo de seis de estos seres. Vamos a entrar.

Westminster asintió, como si se estuviese viendo con Dash. Sabía lo que sucedería ahora: el vehículo térmico entraría en el conjunto subterráneo descendiendo por la rampa hasta el nivel donde se hallaba el laboratorio; las compuertas que iban quedando atrás se irían cerrando unas tras otras, defendiendo la temperatura interior que estaba costando cien mil dólares por minuto de calefacción especial. Luego, a pie, terminarían de recorrer la distancia hasta el laboratorio, pasando por los diversos pasillos que de nuevo formaban rampas descendentes, buscando cada vez mayor profundidad a fin de aprovechar el calor de la Tierra…

¡El calor de la Tierra! ¿Se enfriaría también la Tierra por dentro, en su interior…? Volcanes y magmas candentes… ¿quedarían congelados? ¿O quedarían entonces dos sistemas de vida totalmente opuestos en la Tierra, uno en la superficie, helado, y otro ígneo a muchos kilómetros bajo la superficie?

La luz verde se encendió encima de la puerta del laboratorio, y en seguida se abrió, dejando paso al general Dash, que lanzó un veloz vistazo alrededor y hacia el techo, como esperando o temiendo ver moscas revoloteando.

—¿Todo bien por aquí, profesor? —preguntó.

—No sea payaso —farfulló Westminster—. ¿Qué coño quiere que pase aquí dentro? ¡Ah, Trevor, muchacho…!

Había dado un par de pasos hacia Trevor cuando vio al ser que le seguía, y en seguida al otro, ambos flotando, emitiendo un resplandor rosado pero muy pálido, apenas visible. Los pies de Westminster se clavaron al suelo, su mirada quedó prendida, fascinada, en los dos gélidos que entraron en el laboratorio.

Con un esfuerzo, Westminster apartó la mirada de los gélidos, para posarla en Trevor.

—¿Cómo lo has conseguido? —murmuró.

—Es muy simple: me comuniqué mentalmente con ellos, les dije que podíamos destruirlos, pero que preferíamos la convivencia, y ellos

están… estudiando mi propuesta de coexistir en el planeta. Ahora sólo se trata de que los convenzamos de que podemos destruirlos, profesor. ¿Podemos?

—No.

—No a ellos, sino a los Papilio, ya sabe… ¿No ha conseguido resultado alguno con el DDT?

—No he conseguido resultado alguno con nada —gruñó Westminster.

Volvió a mirar a los gélidos, que flotaban desplazándose lentamente por el laboratorio, y que finalmente se detuvieron ante el receptáculo de cristal y las probetas separadas que contenían ejemplares de polillas.

El profesor Westminster interfirió sin esfuerzo alguno, sin proponérselo, la consulta mental que iba dirigida a Trevor Washburn:

«¿Este es el compañero tuyo que sabe cómo destruirnos?»

«Así es —interfirió Westminster también la respuesta—. No propiamente a vosotros, pero sí a la *Papilio* Empire. Y vosotros sabéis que si exterminamos las *Papilio* y el sol vuelve a calentar la Tierra moriréis o, como mínimo y si disponéis de tiempo, tendréis que volver a los polos, a los lugares adonde llegasteis hace doscientos años.»

«¿Y cómo extermina a los vkkook?»

«Ese es un secreto científico que dudo mucho que mi maestro esté dispuesto a revelar… ¿Os sucede algo malo?»

«¿Cuál es el significado exacto de tu pregunta?»

«Os recibo muy débilmente. Y observo que vuestra coloración es muy leve…, como si os estuvieseis apagando…, incluso extinguiendo.»

«Es debido al calor de aquí dentro. Si no salimos muy pronto de este lugar pereceremos. Es por eso que debemos darnos prisa…»

—¡Trevor! —gritó Westminster—. ¡Trevor, salgamos de aquí, salgamos todos, de prisa!

—¿Qué ocurre, qué pasa? —respingó el general Dash.

—¡Salgamos, alejémonos de ellos…! ¡Han venido a matarnos a todos, pero especialmente a mí, que soy un peligro para ellos…! ¡Corred! ¡Y poneros los cascos…!

El sobresalto era tremendo en todos los presentes, porque mientras Westminster gritaba la coloración rosada de los gélidos había adquirido mayor intensidad, y, de pronto, de sus aristas comenzaron a brotar pálidos rayos de luz en todas direcciones, algunos de los cuales alcanzaron a los seres humanos reunidos en el laboratorio: Dash,

Trevor. Empire y al propio Westminster que corría hacia la puerta.

Dash emitió un grito que pareció un trémolo, y sacó su pistola neutrónica, pero Trevor se la hizo saltar de la mano de un manotazo.

—¡No! ¡Si les dispara recuperarán las energías que están perdiendo con el calor de aquí dentro! ¡Salgamos de aquí!

El laboratorio era ya un entramado total de pálidos rayos congelantes, que lo abarcaban todo, entraban en contacto con todo…, comenzando, por supuesto, con los seres humanos.

Por fortuna para éstos el poder de los gélidos había disminuido muchísimo con el calor que estaba costándole cien mil dólares por minuto al gobierno de los Estados Unidos, pero, aun así, el frío que sintieron todos al recibir los rayos fue sencillamente horrible, como si de pronto los hubieran sometido a cien grados bajo cero.

Si esta temperatura hubiera durado unos pocos segundos en su piel habrían muerto los cuatro, pero cuando la sintieron estaban ya corriendo hacia la puerta, y el movimiento continuó, salieron del laboratorio, y, en el acto, el intenso frío que había bañado su piel desapareció.

—¡Los cascos! —gritaba Westminster—. ¡Los cascos, o estamos a merced de su frío!

—¡Están en el vehículo térmico! —aulló Dash—. ¡Maldita sea la estampa de…!

La luz rosada que llegó por detrás convirtió los gritos de Dash en un rabioso aullido, mientras aceleraba en lo posible la velocidad de su huida. Por detrás de los fugitivos los débiles rayos rosados de frío hendían silenciosamente la cálida atmósfera.

La velocidad de fuga de los humanos era considerable, pero no habían contado con el sistema de desplazamiento de los gélidos, cuya ventaja era indudable: en cuestión de segundos, y cuando llegaban a la primera puerta de aislamiento, los gélidos los alcanzaron desplazándose en levitación a una velocidad increíble.

Y justo al alcanzarlos los rayos congelantes se apagaron, los gélidos regresaron a su estado pacífico. Los terrestres se volvieron, y se quedaron mirándolos, observados a su vez por los cientos de pupilas refulgentes.

«Volved al laboratorio —les llegó a todos el mensaje—. Volved allá y liberad a los vkkook que tenéis en los recipientes. Entregádnoslos, y no sufriréis mal alguno.»

«¡Estáis mintiendo! —mostró telepáticamente su ira Trevor—. ¡Estáis

mintiendo como me habéis mentido antes con vuestra actitud pacífica! ¡Es cierto que sólo queríais venir aquí para matar al profesor Westminster!»

«Entregadnos a los vkkook y no os exterminaremos»

«No os los entregaremos —intervino Westminster—. Y quiero que sepáis por qué: podéis matarnos, pero los vkkook seguirán ahí, para que otro científico de la Tierra siga estudiándolos… ¡Más que nunca, porque vuestra actitud nos demuestra que pueden ser exterminados más fácilmente de lo que pensamos!»

«Afuera, en la nieve, nuestros cuatro compañeros han exterminado ya a los enemigos —al recibir esto Dash palideció intensamente—, sólo vosotros estáis con vida en esta zona. Si queréis conservarla, liberad de esos encierros a los vkkook.»

«No lo haremos —rechazó Westminster—. ¡Maldita sea, no lo haremos!»

Uno de los gélidos se iluminó de repente, aparecieron sus rayos congelantes rosados, y se dirigieron todos, en extraordinario haz lumínico, hacia el profesor Westminster, que en un instante quedó convertido en una figura congelada, en un ser envuelto completamente en hielo de la transparencia del más puro cristal. Tal era el frío que esto originó que lo sintieran los otros tres terrestres.

Este frío, el espanto ante lo ocurrido a Westminster, y la reacción más recóndita de su condición de mujer, hiciera gritar a Empire Berkeley. Fue un grito en el que comprimió su miedo, su rabia, su pena por Westminster… Fue un grito fortísimo y agudo.

Agudísimo.

Y en pleno grito de Empire Berkeley estallaron los dos gélidos.

Fue algo tan inesperado, tan sorprendente, que durante un par de segundos ninguno de los terrestres pudo reaccionar ni siquiera para expresar alivio por la súbita desaparición del intenso frío. Sencillamente, ante ellos, los dos gélidos habían reventado, explotado, como una bombilla dentro de la cual hubiera estallado una carga explosiva. La luz rosada desapareció en el acto, igual que el frío, mientras miles de diminutas partículas cristalinas salían disparadas en todas direcciones, algunas de ellas hacia los terrestres, que las sintieron como alfilerazos en su rostro, donde rebotaron hacia el suelo. Un suelo que quedó sembrado de pequeñas gotas cristalinas, como diamantes…

La atónita mirada de Trevor Washburn recuperó en un instante su expresión habitual, girando hacia el congelado Westminster, que

permanecía con el mismo gesto con el que había sido congelado, abiertos los ojos tras sus lentes de gruesa montura.

—Ayudadme —jadeó—. ¡Ayudadme!

Tendieron en el suelo el bloque de transparente hielo, y lo dejaron caer, golpeándolo hasta que se partió. Dash regresó corriendo al laboratorio, recogió del suelo su pistola, y volvió junto a Westminster, comenzando a golpear el hielo con el arma. A cada golpe era más fácil romper el hielo que quedaba, y, en pocos segundos más, la figura menuda y enclenque de Leonard Westminster estaba libre de hielo

—Está muerto —susurró Empire— ¡Está muerto!

—Y… un… huevo… —pareció chirriar la voz de Westminster.

En cuanto lo oyeron los tres comenzaron a masajearlo fuertemente, restableciendo la circulación natural de la sangre, el calor a las articulaciones, el movimiento a los músculos… Hasta que Westminster pudo sentarse, y les apartó las manos furiosamente.

—¡Ya está bien! —bramó—. ¡Basta, leches!

—Esto sí que es un acontecimiento científico —intentó bromear Trevor—: ¡Un resucitado!

—¡Ya te darían a ti resucitado si hubieras estado metido en hielo sólo un par de minutos! —vociferó Westminster—. ¡Esos hijos de puta…! ¡Pero ya los tenemos, ya son nuestros!

—¿Qué quiere decir? —saltó el general Dash.

—¿Es que no lo ha comprendido? ¡Estos dos *han muerto*!

—Bueno, sí, eso parece, pero no sabemos cómo ha sido, de modo…

—¡Usted no sabrá cómo ha sido, zopenco! ¡Yo si lo sé! ¡Y Trevor también lo sabe!

—Hombre, yo… —empezó Trevor.

No dijo más. En el suelo, al alcance de todos, había miles de diminutos cristales, o cualquiera que fuese la materia que, para los ojos de los terrestres, parecía cristal terrestre. Cristal.

Trevor Washburn tomó con dos dedos unos cuantos pequeños cristales, apenas como granos de arroz, y los puso en la palma de la otra mano.

—El sonido —susurró—. Esto lo ha hecho el sonido. ¿Recuerdan que cuando estuvimos allá arriba no se oía sonido alguno? Había cantidades incontables de polillas, revoloteando, moviéndose continuamente, pero no producían sonido alguno. Aquí, en la Tierra, tan sólo una familia de moscas volando ya hace ruido, ya las oímos zumbar. Allá arriba había trillones de trillones de trillones de polillas…, y no se las oía, no hacían

ruido alguno. No les gusta el sonido, no viven en y con el sonido, así que… el sonido ha matado a estos dos gélidos.

—Pero… ¿qué sonido? —preguntó Dash—. Porque si se trata de eso han tenido sonido en todo momento, toda clase de ruidos…

—No, no, no. Nada de ruidos. Ellos tienen una tolerancia determinada hacia el ruido, hacia el sonido incluso. Pero esa tolerancia termina en determinado momento. Y ese momento llegó cuando Empire gritó: su grito alcanzó una nota aguda altísima en la escala musical. Y entonces, los gélidos se… rompieron, como una copa de cristal bajo la presión sonora de las notas agudas de un violín. ¿Es eso, maestro?

—¿Qué otra cosa? —masculló Westminster—. No son de cristal, pero sí de un material parecido, posiblemente más duro, más bello, más perfecto, más puro…, pero más sensible y vulnerable al sonido. Al sonido agudo, a las notas altas. ¿Alguno de ustedes sabe tocar el violín?

Dash y Empire cambiaron una mirada todavía de desconcierto. Y en aquel momento Trevor Washburn lanzó un grito que los sobresaltó a todos:

—¡Maestro!

Al mismo tiempo que gritaba Trevor acercaba su mano más a Westminster, que la miró. Allá, en la palma, donde un instante antes había habido pequeños cristales, había ahora un montoncito de algo negro que comenzaba a moverse.

Casi al mismo tiempo, alrededor de los cuatro terrestres sentados en el suelo se inició también el movimiento, y cambió el colorido: todos los pequeños cristales de bellísima transparencia adquirieron el color negro, y los pequeños montoncitos comenzaron a moverse. Un instante más tarde, el montoncito que había en la palma de la mano de Trevor se elevó, ampliándose, dispersándose un poco.

En seguida, el resto de montoncitos esparcidos a su alrededor hicieron lo mismo. Los boquiabiertos terrestres alzaron la mirada cuando todos los montoncitos se reunieron en uno solo casi tocando el techo del pasillo, formando una masa de polillas.

—Santo Dios —tartamudeó Empire.

Las polillas comenzaron a moverse, a desplazarse en dirección al laboratorio. En pocos segundos los cuatro seres humanos se encontraron sentados en el suelo, sumidos en un denso silencio. No se oía absolutamente nada. Trevor fue el primero en ponerse en pie, tendió la mano a Westminster para ayudarle a hacer lo mismo, convencidos los dos de lo que iban a ver allí.

Y así fue: la masa de polillas que había surgido de la materia cristalina de los dos gélidos estaba ahora sobre el receptáculo y las probetas que contenían las polillas capturadas a diez mil kilómetros de la Tierra. No hacían nada, salvo moverse sobre esos recipientes. Moverse, moverse, moverse sin parar, como hacían en el espacio, en la misma ubicación.

—Pero… ¿qué significa esto? —sonó tras los dos profesores la voz del general Dash.

—Significa lo más asombroso que he visto en mi vida —dijo Trevor, sin mirarlo—. Significa la transformación de una materia viviente en otra materia viviente, la confirmación de que nada muere, sino que se transforma. Y en este caso a una velocidad de transmutación increíble. Los gélidos son primeramente como gotas de cristal, cuando fetos. Luego, de adultos, son como los hemos visto. Y al morir, se transforman en polillas.

—Entonces… ¡todas las *Papilio* que están rodeando la Tierra fueron antes gélidos!

—Exactamente. Y después de muertos no se alejan demasiado de los gélidos, de su propia manifestación anterior de vida. Forman… un conjunto vital que va de un lado a otro del universo buscando su ubicación, un lugar que supla al que fue destruido por la estrella ardiente. Cada una de esas manifestaciones de vida ayuda a la otra a su manera. En este caso, las polillas han ayudado a los gélidos a asentarse en un lugar que pronto será una bola de hielo que proporcionará todo el frío que necesiten…, mientras ellas, las polillas, estarán a sólo diez mil kilómetros, ahí arriba, disfrutando del sol. Es… como si un ser pudiera dividirse en dos para ayudarse a sí mismo. Es lo más fantástico y maravilloso que he visto jamás, porque cada forma de vida guarda recuerdo de la forma de vida anterior, sabe que esa forma de vida es la forma de vida que tuvo antes o la que tendrá en el futuro. ¡Por Dios, esto es absolutamente maravilloso!

—Será todo lo maravilloso que quiera —dijo Dash—, reaccionando —, pero el hecho cierto es que entre los gélidos y sus malditas polillas van a acabar con el planeta en muy poco tiempo.

—Con el planeta, no —rio Trevor—, ¡si acaso con nosotros…, con nosotros en esta forma de vida, general!

—No le veo la gracia.

—¿No? Bueno, ¿no se pregunta usted qué forma de vida tendrá cuando muera? ¿Será usted polilla, gusano, raíz, bacilo…?

—¡Escuche, profesor, ya basta de divertimentos científicos! ¡Yo tengo una idea, y hay que ponerla en práctica cuanto antes!

—¿Qué idea? —lo miró con agresiva desconfianza Westminster.

—Los gélidos nos han estado dando palos hasta ahora, eran invencibles con las armas, ¿no es cierto? ¡Pues vamos a destrozarlos utilizando la música! Vamos a grabar música de cientos de violines, y la vamos a expandir por todo el planeta… ¡Apuesto a que mataremos así a todos los gélidos!

—Sin la menor duda —asintió Westminster—. ¿Qué pasará luego?

—Pues que se convertirán en polillas.

—¿Y qué harán las polillas?

—Se reunirán con sus amigas, ¿no?

—¿Dónde?

—Pues allá arriba, en… ¡Maldita sea!

—No podemos hacer eso —dijo Empire, con los ojos muy abiertos—. ¡Si matamos a todos los gélidos sólo conseguiremos que haya más polillas! ¡Y a las polillas no sabemos cómo matarlas! ¡Cada vez serían más privándonos del sol…! ¿De qué te ríes ahora? —gritó rabiosamente Empire mirando a Trevor.

—A ver una cosa —dijo Trevor—. ¿Te dije yo cómo manejar tu nave?

—No…

—Y yo a usted —miró Westminster a Dash—. ¿Te he dicho alguna vez cómo manejar sus hombres o su material?

—Hombre, estaría bueno que… —empezó Dash.

—¿Verdad que no? ¡Pues cierren la boca usted y esta nena caliente! ¿O no es caliente, Trevor? —preguntó riendo.

—¡Huy! —rio también Trevor—. ¡Huy si es caliente, huy, huy!

—¿Se han vuelto locos? —masculló Dash.

—No le veo la gracia, ¿sabes? —se encrespó Empire.

Pero los dos científicos sí debían verle mucha gracia al asunto, porque cada vez reían más y más. Reían tanto que parecían dos personas que acababan de encontrar la solución más sencilla a los más grandes problemas que pudiera imaginar mente humana alguna…

ÉSTE ES EL FINAL

Arriba, a diez mil kilómetros de la Tierra, la esfera de ciento siete millas de grosor que muy pronto podía ser veinte veces mayor, se engrosó imperceptiblemente con las polillas que llegaron procedentes del planeta que estaban convirtiendo en puro hielo.

Posiblemente llegaron a la enorme masa apenas diez millones de *Papilio* Empire, pero, inmediatamente, un pensamiento comenzó a circular de modo colectivo. Cada una de las diminutas células que formaban parte de la mente total global recibió y asimiló la información de que en aquel lugar que ellos estaban habilitando para los kookkv los nativos habían hallado el modo de exterminar a los kookkv. Y esta información provocó una consternación total en la mente multitudinaria que sabía que ella era parte de los kookkv, del mismo modo que los kookkv sabían que eran parte de los vkkook. Estos, los vkkook, no tenían problema alguno de supervivencia, porque se reproducían por y en sí mismos, se bastaban en todo y para todo en cualquier lugar del universo en que se hallaran.

Pero… ¿qué sería de los kookkv si insistían en permanecer en aquel planeta? Pues, sencillamente, serían exterminados. Este exterminio de los kookkv implicaría automáticamente un aumento de vkkook, lo que no era malo, pues el universo es tan grande que por muchos que fueran siempre podrían encontrar un rinconcito donde seguir multiplicándose.

Es decir, que habría muchos más vkkook, pero ningún kookkv, si éstos insistían en guerrear con los humanos, que ahora no utilizaban armas, sino aquella cosa que penetraba dolorosamente en las entrañas de cuarzo de los kookkv y los reventaba, los exterminaba.

Y entonces… ¿valía la pena que desaparecieran los kookkv sólo por mantener aquella absurda lucha contra la cosa llamada música de violines? ¿Valía la pena el riesgo de exterminación total habiendo

tantísimos lugares en el universo donde buscar nueva ubicación, nuevo hogar para ellos, los vkkook, y para su anterior manifestación de vida, los kookkv?

La inteligencia que anidaba en la mente global de los numerosísimos vkkook decidió que no, que no valía la pena cercenar una parte de su manifestación de existencia, de modo que, simplemente, a los pocos segundos de que la información traída desde la Tierra hubiera empapado toda la mente global de las Papilio Empire, los vkkook iniciaron el nuevo éxodo.

En la Tierra comenzaron a darse cuenta de esto cuatro días más tarde, cuando pareció que comenzaba a vislumbrarse un leve resplandor sobre el continente asiático. Justo entonces, todas las naves rosadas de los gélidos que todavía estaban escondidas en las nieves y los hielos huyendo de la música mortal emprendieron asimismo el éxodo de aquel planeta que comenzaba a perder frío y a recuperar su luz dorada. Las trescientas y pico de naves rosadas desaparecieron a vertiginosa velocidad, atravesando la masa de polillas, a las que precederían en un nuevo largo viaje en busca de su lugar en el universo, su lugar en la Vida.

Y detrás de la nave, día tras día, tan velozmente como habían llegado pillando por sorpresa a los habitantes del hermosísimo planeta azul, los vkkook se fueron, llevando grabado en su mente total global el informe de que no debían volver jamás a aquel pequeño rincón del universo.

Pocos días después el sol sonrió al volver a ver ese planeta… de nuevo azul, de nuevo marrón, de nuevo verde, de nuevo blanco… donde debía estar blanco.

Solamente ahí: en los polos y las altas cumbres.

FIN

PUNTO ROJO

PUNTO ROJO intriga... ROJO misterio... ROJO suspense... ROJO acción... ROJO



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España